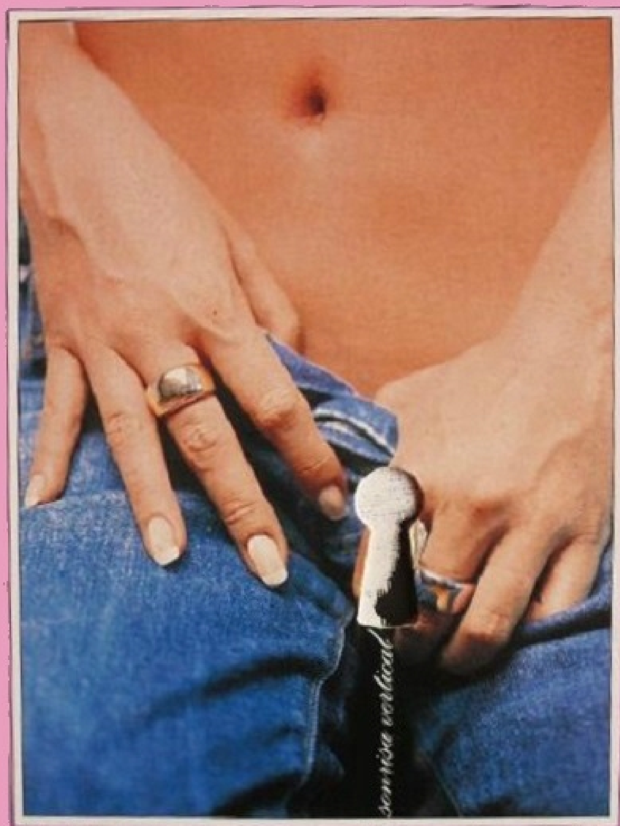
Andreu Martín

Espera, ponte así



XXIII Premio La sonrisa vertical



Un director de teatro ensaya con un grupo de actores una obra de Ibsen; falta poco para el estreno, y todo iría sobre ruedas si el azar no le hubiera llevado, unos días antes, a una habitación de hotel en compañía de la joven, atractiva e insolente actriz que, en la obra, interpreta a la Señora Linde. A partir de ese momento no puede quitarse de la cabeza lo que en principio parecía una simple aventura más. De repente, el imborrable recuerdo de esa experiencia se convierte día a día en una mortificante obsesión. Una y otra vez reproducirá, en la realidad o mentalmente, aquella inesperada pero intensa vivencia sexual. Esa obsesión modificará no sólo su relación con Laura, su mujer, sino también con actores y actrices que intervienen en la obra. En su huida hacia delante, mientras intenta sobreponerse a la cada vez más cautivante obsesión. El protagonista toma caminos que lo llevarán, lenta pero inexorablemente, a trastornar su vida laboral, matrimonial y sexual hasta límites que poco podía sospechar.



Andreu Martín

Espera, ponte así

La sonrisa vertical 116

ePub r2.0
ugesan64 01.07.14

Título original: *Espera, ponte así*
Andreu Martín, 2001

Editor digital: ugesan64
Corrección de erratas: Tetrammeron
ePub base r1.0



1

Estoy sumergido en la bañera.

Hundido.

Acaba de suceder algo muy importante en mi vida.

Pero no sé qué es.

Estoy sumergido en la bañera, pensando en Laura y los niños, recreando algún recuerdo apacible de juegos y rutina conyugal, la paz del hogar, las risas infantiles, y entonces entra ella, desnuda y perversa, y se arrodilla junto a mí, y mete las manos en el agua jabonosa para jugar con esa porción de mi persona que hace unos instantes le ha procurado un viaje de ida y vuelta al Paraíso. No disimula su fascinación por el placer sexual, el regocijo que le causa provocar y notar su resurrección. Me acaricia con las yemas de los dedos, como comprobando si está dormido, calibrando su consistencia, fingiendo que no tiene ningún interés en despabilarlo. Pero también lo acaricia, y más intensamente, con su mirada impúdica, y con sus intenciones, que se pueden adivinar solamente viendo cómo frunce los labios.

Me fastidia, me fastidia muchísimo. La he dejado rendida sobre el lecho de los revolcones, los gritos y el forcejeo, la he dejado exhausta en el campo de batalla, lasa, aparentemente dormida, muerta, olvidada, y me irrita sobremanera que se haya despertado, y que venga a interrumpir mis reflexiones acerca de la fidelidad y la infidelidad pasajeras. Me estaba limpiando el cuerpo y el alma de culpabilidades, liberado de toda lujuria, y no es el momento adecuado para mezclar sentimientos.

Mi cuerpo, sin embargo, a pesar de mi rabia, o precisamente a causa de ella, está reaccionando. Lentamente. Ella contempla el

fenómeno con curiosidad y ternura, con brillo triunfal en sus pupilas, como si intuyera mi rechazo y se supiera la más fuerte de los dos, como el encantador que consigue despertar a la peligrosa cobra y obligarla a bailar frente a los turistas fascinados. Contempla la emersión de mi virilidad como se mira un artefacto cuyo funcionamiento no conocemos bien pero que, por alguna razón oculta, responde correctamente a nuestras manipulaciones. Me domina. Se ha apoderado del extremo más frágil y desprevenido de mi personalidad y tira de él, y arrastra una larga ristra de sensaciones y sentimientos, encabezada por los más ignotos y que termina en aquellos sobre los que yo siempre había creído tener mayor control. Me enfurece que mi cuerpo vibre contra mi voluntad, que la boca se me llene de saliva densa y dulce, que la respiración se me altere. La recuerdo hace un rato, en la cama, a horcajadas sobre mí, abriéndose la vulva con los dedos después de un par de infructuosas embestidas, la recuerdo haciendo una o admirativa con los labios, ojialegre, dando a entender que el asta que debía empalarla era excesivamente grande, y que le hacía ilusión verse ensartada por ella. Revivo su: (nuestros) estremecimientos iniciales, la húmeda languidez que nos invadía, la tensión de nuestros cuerpos. La veo vencida y encabritada, de espaldas a mí, echando la cabeza atrás, arqueando atrás el cuerpo, poniendo al alcance de mis manos sus pechos llenos y enhiestos. Ella y yo camino del orgasmo. El galope, la impaciencia, la inconsciencia, la descarga simultánea. Recuerdo su grito.

Y mi excitación, respuesta a sus manipulaciones ya es más que manifiesta. Levanta ella la vista, buscándome los ojos. Para pedirme permiso, quizás, para ver qué efecto me hace el dominio que ejerce sobre mí. Son de color de miel los suyos, y hablan un idioma que sólo puede comprender alguna parte muy irracional y remota de mí. Tengo la sensación de que me hablan de mi futuro desgraciado. La bruja. La brujita. La puta.

¿Por qué esta sensación de fracaso si todo ha ido tan bien? Ha gritado, se ha estremecido, se ha dejado caer sobre las sábanas, exhausta.

¿Qué me ha dicho que me ha afectado tanto?

La agarro por los cabellos de la nuca, por sorpresa, y le doy un

firme tirón. Cabrillean sus pupilas, se entreabren sus labios gruesos y prominentes. Su mano se ciñe con fuerza a la empuñadura y la empuñadura se endurece más todavía.

—No te enamores de mí —le ordeno—. Ni se te ocurra. Tengo esposa. Y dos hijos. Tengo la vida montada, y bien montada, y no tengo ganas de que una putilla como tú me la estropee. ¿Entendido?

Asiente. Entrecierra los ojos y la boca. Y asiente. Entendido.

—Pues ahora, chupa.

2

Da dos pasos, torpes e inseguros, como si temiera que el suelo pudiera hundirse bajo sus pies y, sin mirar a Krogstad a la cara, declama sin convicción:

—Es indispensable que hable con usted.

Mientras Krogstad le da la réplica, pienso que es una muchacha vulgar, insignificante. Su rostro y su piel son toscos, las cejas demasiado espesas, los labios demasiado gruesos, descaradamente sensuales. A pesar de que pertenece a una familia adinerada, viste igual que el día anterior, con torpeza de obrera cualificada en día de playa o de hippy con un concepto equivocado de la provocación. Camiseta sin mangas, rosa, mal lavada y desteñida, que no hace justicia a sus pechos respondones; falda larga, sujeta con elástico a su cintura breve, que se ajusta a sus caderas, a su vientre plano y a sus nalgas respingonas, y se abre a continuación y cae hasta sus pies, disimulando la perfección de sus piernas, insinuando apenas la curva de los muslos, sólo de vez en cuando, en algún brusco vaivén o cuando se sienta y une las manos, fuertemente, contra su regazo. Aspecto y maneras de lumpen rebelde, sin sujetador, deshilachadas las bragas en los bordes, adornado el fondo con una miaja de mancha tan imperceptible como inevitable. Me la imagino descalza aunque llevaba alpargatas de lona y esparto. Me la imagino desnuda y depravada.

—Donde yo vivo es imposible —está diciendo, como un autómata—. Mi habitación no tiene entrada particular.

—Vamos a un hotel —me dijo en el pub, separando apenas su boca de la mía, acariciándome con un aliento hipnótico, y era la primera orden que me daba—. Aquí al lado hay uno. Vamos.

Insolente y lenguaraz, impermeable a toda réplica.

Me pregunto qué pudo seducirme de ella. Por qué la elegí para hacer el papel de señora Linde. No da el tipo de ninguna manera. Por qué la invitaría ayer a tomar unas copas, por qué me dejé conducir al hotel. No obtengo respuesta inmediata y eso me enfurece de nuevo, como su irrupción desnuda en el cuarto de baño en el preciso instante en que yo penaba en fidelidades e infidelidades. ¿Por qué me lie con ella?

—¿Y por qué no? —está diciendo ella, la señora Linde, en el escenario, con cascabeleo impropio.

Quiero encontrar la respuesta en sus ojos, de mirada color de miel, de transparencia embriagadora, pero los recuerdo cercanos y estólidos, inexpresivos al principio, ensimismados cuando abordamos el ritual del sexo. Tal vez fue eso lo que me empujó hacia ella, lo que llevó mi mano derecha a su nuca, en el pub, y mi mano izquierda a su rodilla. Tal vez fue la intuición de que era un animal cargado de energía sexual. Una de esas personas que, aun de lejos, adivinas que harían cualquier cosa con tal de experimentar un orgasmo satisfactorio. Una de esas mujeres que lo primero que le miran a un hombre es la bragueta, que gustan de especular sobre el tamaño de sus atributos, sobre la cantidad de veces que serían capaces de encaramarlas al éxtasis, sobre la perversión predilecta del interlocutor. Mujeres que se retuercen como serpientes y dan corcovos exagerados, en pleno arrebato, que se entregan a ciegas para hurtarse después a conciencia.

—Es que usted jamás me ha comprendido bien —dice, en escena, ante un Krogstad intranquilo y fastidiado.

Sonrió al notar mi mano sobre su rodilla, y se le iluminaron los ojos con centelleo salvaje justo antes de aceptar mi beso, de corresponder a él con su lengua. Y no era la primera vez que yo veía aquella sonrisa y aquel centelleo. Pensé en aquel momento, en el pub, y pienso ahora, en la platea del teatro, mientras asisto a su monótono diálogo con Krogstad, que no era la primera vez que me dedicaba un rictus y una mirada como aquellos, y tal vez con eso quiero justificar mi infidelidad para con Laura. Quiero decirme que ella me provocó, me está incitando desde el primer día, desde la primera entrevista que tuvimos para ver si le daba el papel de

señora Linde. La sonrisa, la mirada penetrante, la forma de acariciarse distraídamente el escote, «qué calor», la manera de hundir las manos entre los muslos, prietas contra el pubis.

—¿Cree usted que no tengo corazón? ¿Cree usted que rompí nuestras relaciones sin pesar? —dice la actriz sin ganas, dice el personaje como quien está de palique, dice el fantoche, el títere.

Una sonrisa y una mirada que nada tienen de generoso, que nada ofrecen. Una sonrisa y una mirada, por el contrario, exigentes, equivalentes a un dame, a un qué me darás, a un qué puedes ofrecerme. Un desafío. Sonrisa y mirada dirigidas a sí misma, a bromas íntimas y burlonas de muchacha malvada que se pregunta qué cantidad y calidad de placer podrá obtener del hombre que se dirige a ella.

—No, espera, ponte así —me dijo ayer, ya sobre la cama, ya desnudos, tomando la iniciativa, dirigiendo mis movimientos como sobre el escenario dirijo yo los suyos—: No, ponte así —ofreciéndome las nalgas aunque no para la sodomía—. Y mira el espejo —me ordenaba, me manipulaba. Y, más tarde—: No te corras, no te corras. —Y, al final—: Derrámate en mi boca.

Descarada, desnuda, pierniabierta, penetrada en la imagen del espejo que me había hecho descolgar y colocar contra la pared, frente a la cama.

Yo estaba echado con los pies en dirección al espejo. Ella, de espaldas a mí, concentrada en su propio reflejo, a horcajadas sobre mi sexo, que la empalaba. Mis piernas, peludas y feas, anónimas e inoportunas, surgían entre las suyas y su cuerpo ocultaba el mío en el azogue, como símbolo de autosuficiencia. Su mirada no era maravillada y halagadora, como la que me había brindado un momento antes, al ver mi erección, sino mirada introspectiva, cerrada y exclusiva. Insultante. Estaba sola, galopaba sola, con un príapo prestado en su interior, sola ante el espejo, cuerpo radiante, complacencia extremada y exquisita de sí misma ante sí misma, qué abiertas las piernas, qué erectos los pezones, qué gran placer en sus pupilas radiantes color de miel. Y yo eclipsado a su espalda, mero instrumento.

—No, no, espera. Ahora, ponte así.

Complaciente, eso sí, su expresión de asombro al empalarse en

el ariete ansioso. La o de su boca para recompensar mi fiebre de lascivia y la ridícula pérdida de control.

—No, no te corras aún. No te corras aún. Derrámate en mi boca. —Me vacié, me vació por completo, me exprimió, me ordeñó hasta la última gota—. Oh, bueno, no importa.

Acariciándose los pechos, pellizcándose los pezones, sacudida por el vaivén de mis embestidas. Mirada cruel, intransigente, exigente. Dientes apretados de fiera, el labio inferior caído, desdeñoso, «vamos, vamos, a ver dónde está el macho ahora, a ver dónde está el director de escena». Me enfureció, me provocó deseos de terminar antes de tiempo y escatimarle el orgasmo.

Me enfureció luego, en el cuarto de baño, cuando violó mi intimidad imponiéndome su desnudez.

Me enfurece hoy, desde el escenario, con su sonsonete indiferente y aburrido. Ya no estoy viendo una buena comedia interpretada por una mala actriz. Ya no estoy viendo una buena comedia. Me pregunto por qué elegí a una morena agitanada para interpretar a la nórdica señora Linde. No es posible que empezara a seducirme desde nuestra primera entrevista. Su tono de voz y su desidia están poniendo en cuestión toda la puesta en escena, me hacen dudar de mi acierto al haber elegido aquella obra inmortal para inaugurar la temporada de otoño.

De pronto, vivida a través de ella, la trama me parece un galimatías insulso, la traducción un cúmulo de solecismos, la reacción final de Nora una pataleta estúpida que invalida toda la tesis.

No puedo soportarlo más.

Me pongo en pie y, aunque no sé siquiera en qué momento de la obra estamos, grito:

—¡Estás utilizando la técnica del magnetofón! ¡Del loro estúpido que no sabe lo que dice! ¿Dónde te has dejado el alma, guapa?

Me mira con indiferencia. Casi diría que con desprecio. Tal vez lo que más me enfurezca sea la conciencia de que no me mira así debido a nuestra aventura. Ese vacío en sus ojos, esa ausencia de emociones son anteriores a los besos y al revolcón, son una negación de besos y revolcones e intimidad, son una ofensiva, irritante, declaración de «aquí no ha pasado nada», y el aquí incluye

por igual el escenario y la cama, el antes y todos los después que yo pueda imaginar. Esa evidencia aumenta mi indignación y el volumen y el tono de mis gritos de protesta.

—¡Si te aburres, lárgate! ¿Me oyes? ¡Si te aburrimos, no tienes por qué soportarnos!

Subo al escenario insultándola frontalmente, con la vaga sensación de estar metiéndome en una aventura excesiva para mí, de estar enfrentándome a un peligro invencible, al monstruo que ha de devorarme, «a mí no me miras así, ¿eh, descarada?», deseando abofetearla delante de todo el mundo.

Y, mientras arremeto contra ella, la recuerdo días atrás coqueteando con el mulato que lleva el vestuario, un tipo con un pendiente, casi pelado al rape, siempre luciendo musculatura de maricón. Los recuerdo forcejeando y riendo. Como si él quisiera agredirla y ella le contuviera, con fuerza titánica, sujetándole las muñecas. Recuerdo aquel forcejeo y me parece el colmo de la intimidad y de la compenetración. Deduzco que se fue conmigo sólo para despertar los celos del mulato, que se acostó conmigo mientras pensaba en el mulato, ella sola ante el espejo, sola con su imaginación, y yo detrás, oculto, yo o el mulato, daba lo mismo.

Yo la agarraba de los cabellos y tiraba con fuerza de su cabeza hacia atrás, apartándola de la erección emergente.

—No te enamores de mí —le había dicho, quería repetirle—. No te enamores de mí, puta. No te enamores de mí, guarra.

Es inútil. Inútiles los gritos, que se me vuelven melifluos e inofensivos, inútiles los gestos de exasperación que delatan blandura, y las inconsistentes amenazas de buscarme otra señora Linde. Tiene la delicadeza de no reír con la boca, aunque lo hace, sarcástica, con sus pupilas, pero todo el mundo puede darse cuenta de que es la vencedora de este alto.

3

Recuerdo que se le marcaba la línea de las bragas bajo el vestido ajustado. Recuerdo la mínima señal de sus pezones en la camiseta. Recuerdo la firme curva que subraya sus posaderas, sobresaliendo bajo los pantaloncitos cortos, cuando los lleva. Asienten sus pechos cuando corre.

Pregunto por ella y me dice Krogstad, el actor sarasa, que no ha llegado todavía.

—La espero en su camerino —digo.

Me asomo al camerino. Prendo la luz. El espejo, el vestido de la señora Linde, azul y blanco, a medio hacer.

Me había asomado al camerino, días atrás, con el mismo saborcillo erótico lubricándome el paladar, con esa semierección, gravidez deliciosa en la bragueta. Ella estaba buscando no sé qué en su bolso enorme y policromo, descubrió mi contemplación y la calibró con parpadeo de hastío. ¿O fue una invitación, un «entre, entre» que significaba todos los «entreentres» del mundo?

Sobre el respaldo de una silla, unas bragas Blancas, con listas azules, muy gastadas, muy lavadas.

La recuerdo quitándose las bragas. Primero una pierna, luego la otra. Inclinada hacia el suelo, los pechos desnudos pendulaban. Mis manos querían ir a ellos. Fueron a por ellos.

Me siento en la silla. Cojo las bragas. Me miro en el espejo. En el espejo está ella, pierniabierta, ciento ochenta grados de la cara oculta de los muslos, los dos inferiores amoldándose, golosos, a mi encantado entrante. Por primera vez me doy cuenta de que estoy obsesionado. El sexo cargado de sexo. Ella me hace temblar. Para neutralizar tanto deseo, figuro lo que ocurriría si apareciera su

esquela mortuoria en los periódicos. «Entregó su alma al Señor… Descansa en paz…». Nada. No pasaría nada, sentiría un poco, claro está, mera pose ante los periodistas, «muy afectado por la muerte de una colaboradora tan próxima», pero nada más. A la salida del cementerio, los supervivientes de la compañía irnos a cenar, y luego de copas, «algo hay que hacer». Tal vez fuera el momento de acercarme a la rubia que hace de Doncella. La he sorprendido un par veces mirándome con intención. Tiene unos pechos muy grandes. Una buena sustituta de mi señora Linde.

Vuelven mis pensamientos a mi brujita, que me tiene poseído. Mi señora Linde. Mi putita. No conozco a sus padres, no sé cómo se lleva con ellos, ni si tiene hermanos, ni cuándo los vio por última vez, no sé cuántos novios habrá tenido, ni a cuántos abortos se habrá visto obligada, ni cuáles son sus ambiciones, ni su filosofía de la vida, ni cuál es el libro que está leyendo, ni su película preferida, no sé nada de ella, nada. No guardaría ningún luto por ella, sería absurdo. «El muerto al hoyo y el vivo al bollo». «Bollo», pienso, y pienso «bollera» y me estremezco. «Muerto», pienso, y pienso en mi propia esquela, «descansa en la paz del Señor el famoso director de escena», y la veo bailando sobre mi tumba, haciendo un *strip–tease* sobre mi lápida, riéndose, borracha e impúdica, y me estremezco.

El actor sarasa le da la bienvenida a alguien. «Hola, cariño, cómo tú por aquí», y dos besitos, «muá, muá» y me parece percibir un tono de mordacidad femenina en sus frases, y me pongo alerta. La mujer recién llegada pregunta por mí. No es ella, no es mi señora Linde. Se acerca el taconeo por el pasillo.

—Hola, ¿qué haces aquí?

Qué hago en el camerino de una de las actrices.

Cierro el puño, ocultando en él las bragas. Me viene a la mente la fugaz visión de las nalgas breves y mullidas que han contenido.

Es Laura, mi mujer.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Venía a pedirte dinero.

—Ven.

Le pongo una mano en la nuca, la beso en los labios, la invado con la lengua y la saliva. Intuyo sus ojos atónitos, el beso amordaza la exclamación de pasmo, contengo la resistencia de su brazo. Me

pego a ella. Insisto en el beso. Suelto las bragas, a su espalda, y caen al suelo en un silencio cómplice. Con la mano libre, tomo su diestra y la llevo a mi bragueta.

—Mira —susurro.

Se ríe, traviesa, como en las mejores épocas.

—¿Pero qué te pasa? —cuchichea, maravillada—. ¿Qué te ha dado?

—Libérame —le suplico, ansioso, echándole el aliento a su oído —. Límpiame.

—¿Aquí? —Alarmada.

Me siento. Hago que ella ocupe otra silla, a mi lado. Como cuando tonteábamos, adúlteros, en los cines. Agarro el vestido de la señora Linde, de raso azul y blanco, tiro de él y lo coloco sobre mi bragueta. En el cine, años atrás, poníamos el abrigo, el jersey, la gabardina. Con el antebrazo derecho, atraigo el rostro de Laura hacia el mío. Resuello junto a su oído:

—Si no descargo ahora, esta noche me correré en seguida. Por favor.

—Pero qué te ha dado.

No se resiste. Nunca ha sido amiga de garrulerías, comprende las cosas a la primera y le gustan ese tipo de sorpresas. Me desabrocha la bragueta. Yo la beso en el cuello, sofocando en él mi vergüenza y mi mentira. Huele a un perfume agridulce que se queda entre el paladar y la nariz. Empuña mi verga, ya desarrollada, hinchada y rebelde. La mano, emocionada y experta, comprueba su consistencia. Luego surge de entre los pliegues del vestido de la señora Linde y la palma se ofrece a mi saliva. Escupo en ella, la lamo, y no sé si eso es un símbolo, y la mano desaparece otra vez bajo la tela azul y blanca, de raso brillante.

He aleccionado a Laura en el arte de la masturbación hasta convertirla en una experta. Al principio, sólo entendía de menear la piel arriba y abajo, dando fuertes, torpes y dolorosos tirones, tal vez porque había aprendido de los gestos groseros de los hombres, o porque creía que debía remedar el vaivén del coito. Yo le enseñé las primeras caricias que consiguen la dureza total imprescindible, y le mostré cómo debía descapullar, con cuidado, como se abre una caja de contenido misterioso y valioso. La mano húmeda debe dedicarse

en exclusiva al glande, abarcándolo, humedeciéndolo como lo harían los jugos íntimos de una mujer, y debe dejarlo palpitar en el nuevo recipiente, cálido, mojado y prieto. Nunca podrá ser la mano sustitutiva de la dulce gruta, sexo refugio del sexo, la mano es otra cosa y debe aprender a ser otra cosa, ni mejor ni peor, otra caricia, otra experiencia, tan irreemplazable como la penetración. El pulgar y el índice en torno a la base del glande, conscientes de que el punto más sensible es el frenillo que une la piel móvil y protectora a la cabeza exaltada. Esta es la mecánica, la materia. El espíritu procede, como todos los espíritus, de la imaginación. Al sujeto paciente corresponde invocar imágenes excitantes, ya sean imágenes simples, como pechos femeninos o vaginas abiertas, o sonrisas, o miradas, o desnudos deseables, o bien imágenes complejas, como orgías multitudinarias, o rituales sádicos, o crípticos y privados recuerdos de infancia. En este preciso momento de embriaguez, evoco los primeros conatos con ella, mi señora Linde, nuestros primeros forcejeos. Sus órdenes. «No, espera, ponte así». «No, ponte así. Y mira el espejo». Descarada, desnuda, pierniabierta, penetrada en la imagen del espejo que me había hecho descolgar y colocar contra la pared, frente a la cama. Sus piernas abiertas en un ángulo de ciento ochenta grados, mostrando la cara oculta de los muslos y la abertura golosa, rodeada de vello hirsuto, negro y excesivo, donde se atrafagaba mi miembro henchido. Ella vencida y encabritada, echando la cabeza atrás, arqueando atrás el cuerpo, ofreciendo a mis manos sus pechos llenos y enhiestos. Ella y yo camino del orgasmo. Su grito.

—Oh, perdón —dice, apareciendo de pronto en la puerta.

Ella, mi señora Linde, la legítima ocupante del camerino.

Creo que era eso lo que yo andaba buscando.

Laura exhala un gritito. Se pone muy colorada y deja de manipular. Ella ya no está ahí. Laura me recrimina con mirada traviesa, sin congoja alguna, en el fondo contenta, como yo, de haber sido sorprendida. La ojeada de la intrusa no ha dejado lugar a dudas: ha adivinado lo que estábamos haciendo. Aprisiono mi ardor bajo el elástico del eslip, me abrocho, sintiéndome más potente y más macho que nunca. Salimos del camerino, Laura y yo, marido y mujer, vergonzantes, como adolescentes pillados en falla.

—Si quiere —dice la señora Linde, hablando con mi esposa pero mirándome a mí—, puede lavarse las manos ahí mismo.

Entonces, suavemente, en secreto, descargo todo mi placer dentro de los pantalones.

4

Mediodía.

Está en el centro del escenario, sola, sentada en una silla de tijera, leyendo con mucha atención el texto que ha colocado sobre otra silla. Se ve obligada a inclinarse y el cabello, que el otro día llevaba recogido en una coleta, le cae como una cortinilla que le oculta el rostro. Murmuro su nombre, mientras me acerco, y se aparta la melena para colocársela detrás de la oreja, con un gesto que se me antoja increíblemente femenino y delicado, impropio de ella. Me mira de reojo, me sonríe con amabilidad. Me percato entonces de que esperaba su hostilidad y de que agradezco y me alivia su actitud ecuánime. Me agacho a su lado.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Ya lo ves. Estudiando. Para que no me riñas.

—¿Has comido?

—Sí.

Le pongo la mano en la espalda. Hoy tampoco lleva sujetador.

—Vamos a tomar un café.

Tuerce el gesto, se pone seria, apunta la resistencia en sus pupilas. Después de estas mismas palabras, a esta misma hora, la vez anterior habíamos ido al pub. Allí, le puse la mano en la rodilla, la besé. Terminamos en el cercano hotel de tres estrellas, a las cuatro y media de la tarde. «¿Y el ensayo?». «Que se esperen». ¿Quién dijo qué?

Repite:

—Es que estoy estudiando.

—Quiero que hablemos de la obra —insisto—. Me gustaría que hablásemos otra vez de tu personaje.

—La obra me parece una mierda.

Me lo temía.

Era eso.

Eso es lo que me jodió de ella el otro día, en el hotel. Eso fue lo que llenó de fracaso y de rabia lo que pudo haber sido simplemente un polvo tan delicioso como olvidable. Eso era lo que me atormentaba en la bañera. Eso fue lo que me indignó. Ahora lo entiendo. «La obra me parece una mierda». ¿Qué se habrá creído? Eso fue: su desprecio, su arrogancia. No sé si el otro día dijo algo parecido (¿lo dijo?), pero en todo caso lo expresó con sus ojos. El desprecio que le despierta la obra, el montaje, yo mismo.

Me siento ofendido y cometo el error de demostrarlo con una fugaz actitud taciturna de sacerdote que, con piadosa caída de ojos, perdona una blasfemia. Ella sonríe, divertida, traviesa, y yo sonrío a mi vez, contemporizador, porque estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de terminar con ella en la cama cuanto antes.

—Vaya. Pues es un clásico.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—¿Cómo que qué quiero decir con eso? Un clásico. Una obra de arte que perdura a través de los siglos.

Parpadea de una forma que es como si me midiera, de cabeza a pies, con espléndida insolencia.

—No sabía que fueras religioso. Devoto de los santos clásicos.

—Da igual que a ti no te guste. —Yo también dejo que aflore mi desdén—. Antes del tuyo, la obra ha sido sometida al criterio de millones y millones de personas que la han aplaudido.

—Multitudes de fieles fanáticos.

Es su mirada o son sus labios o son sus tetas. El caso es que no puedo permanecer indiferente a sus palabras.

—Fieles, religión, ¿de qué coño estás hablando?

Ella, en cambio, sí permanece indiferente a las mías.

—Los clásicos son lo inmutable, lo eterno, representación de una divinidad. Son trascendentes. Son los santos de la religión de la cultura. Los que adoráis a los clásicos soléis hablar del arte como de una experiencia mística, sublime… —Me hace sentir ridículo. Le partiría la cara—. Es la pusilanimidad ante la muerte, la necesidad de unos valores a los que agarrarse. En realidad, utilizáis el arte y la

cultura como otros utilizan a san Nicolás de Bari, a san Sebastián o a la Virgen de Montserrat.

Mi sonrisa, incrédula, se está echando un pulso con mi indignación. Detesto que hable en segunda persona del plural. «Vosotros. Yo no. Yo soy especial. Yo estoy por encima de ese tipo de supersticiones. Vosotros sois los beatos santurrones pusilánimes. Y yo no». Me crispa.

—A mí me da igual que tengas la religión que quieras —continúa—. Cada uno se defiende del miedo a la muerte como puede y como sabe. Lo malo es que las religiones acaban siendo siempre fundamentalistas, crean élites, élites fanáticas que se creen superiores a los demás, que desprecian a quienes no piensan como ellas, y que juegan a dominar a los demás. Y eso ya me jode, ¿sabes? Eso ya no es inofensivo.

Me hundo. Estoy vacío. Sin capacidad de réplica.

—¿Qué es lo que no te gusta de la obra? —Me siento idiota, grotesco, desarmado, impotente, sin argumentos, me vació, me exprimió, me ordeñó hasta la última gota.

—El cabreo de Nora, al final, es desproporcionado. Yo no te diré que, en la época en que se escribió, esto fuera muy revolucionario, pero, hoy en día, esa tía resulta una histérica caprichosa y se carga toda la tesis de la obra, de arriba abajo.

No voy a discutir con ella.

—No estás hablando de Nora, sino de la actriz que la interpreta.

—A lo mejor.

—Y he sido yo quien le ha marcado a la actriz la forma de interpretar a Nora. O sea que, en última instancia, me estás criticando a mí.

—Pues a lo mejor, sí.

Se me va la vista hacia su abdomen, como si algo me dijera que, en cuanto me apodere de lo que estoy deseando, yo tendré la razón en todo.

—Bueno —suspiro—, pues vamos a hablar de todo eso. Tal vez deberías preocuparte más de cómo interpretas tú a tu señora Linde que del trabajo de los demás.

Arquea las cejas, humilde, y frunce la boca.

—Querías conocer mi opinión.

Devuelve la vista al texto y cae de nuevo la melenita, como cortinilla, ocultándole el rostro. Telón. Mi mano continúa olvidada en su espalda, inútil, carente de todo significado, incapaz de cualquier insinuación. Carraspeo.

—Anda, vamos —digo.

Repite el gesto de apartarse el cabello para colocárselo tras la oreja.

—¿Adónde?

—Ya sabes.

Me sostiene la mirada. Me desafía. Mi mano en mi espalda, pesada y cálida, paralizada, se empeña en transmitirle recuerdos. El pub, las copas que relajaron cuerpos y almas, el primer beso, la mano en la rodilla, el hotel de tres estrellas, el recepcionista sarcástico. También ella me parece sarcástica ahora, como si estuviera copiando la expresión insolente de aquel tipo.

—No.

—Vamos —insisto, en voz baja. Estoy sumamente irritado. «Te voy a hincar la garrocha hasta que pidas clemencia».

—Hoy no. Tengo que estudiar.

Me sé derrotado. Nunca me había mostrado tan ansioso con nadie. Nunca lo había necesitado tanto. ¿Qué me está pasando? Lucho por conservar la sonrisa y el esfuerzo la vuelve patética.

—¿Quieres decir que no volveremos a intentarlo?

Mueve las cejas como si le pareciera jocosa mi forma de referirme a aquello. Me arrepiento de haber utilizado la palabra intentar. Como si la primera vez hubiera sido únicamente un conato sin éxito. Se me ocurre que, después de mantener una relación sexual con una persona, suele darse por supuesto que se podrá repetir la experiencia tantas veces como a uno le apetezca. Cuando se ha roto la barrera del pudor, cuando se ha llegado lo más lejos, o lo más adentro, que se puede llegar con una persona, es absurdo volver a levantar muros y retroceder a las distancias que marcan las reglas de urbanidad. Me parece una mezquindad, una bajeza. Da la sensación de que la primera vez fue tan poco satisfactoria para la compañera de juegos que esta no está dispuesta a darnos una nueva oportunidad. Sensación insoportable de fracaso y frustración.

—Hoy no —responde— ella al fin, después de una larga

reflexión.

Quiero preguntar «¿Cuándo?», pero me parece que eso sería demasiado humillante. Digo «¿Por qué no?» y la respuesta, en sus pupilas color de miel, resulta más ofensiva todavía. No mueve los labios pero yo sé comprender: «Porque me dijiste que no me enamorase de ti». Se está vengando. Me siento al final de una complicada carambola. He escuchado el impacto del taco, y el ruido seco y definitivo de la bola que golpea a otra bola y luego a otra. Y la situación sobre el tapete verde ya no es ni volverá a ser jamás como antes. Con ese silencio que se alarga de manera angustiosa, se está vengando de aquellas palabras mías pronunciadas en la bañera, en el prologo de una formidable felación. Siento que me ahogo. Estoy sumergido en una situación asfixiante Y tendré que luchar duramente para salir de ella. Tal vez me invade el pánico.

5

Laura es la única mujer con nombre y apellidos que conozco. Las demás son sólo mujeres. Guapas o feas, mujeres. Actrices o pintoras o escultoras o decoradoras o relaciones públicas, mujeres.

Laura fue, primero, como toda hembra, una fortaleza que conquistar, un desafío. Luego, fue mujer. Más tarde, creí que se convertía en la mujer, la única, y al final se convirtió en mi mujer, mí preferida entre todas. Y ese día, con el trato constante, con la convivencia, dejó de ser mujer para ser Laura, algo más que un desafío, algo más que un contendiente para los combates sexuales, una persona que, sorprendentemente, tenía pensamientos distintos a los míos, y oponía opiniones poderosas a las mías, e imponía sus gustos extravagantes a los míos, y recibía aplausos por iniciativas que emprendía sin contar conmigo, a veces con mi explícita oposición. Una persona que se comportaba como si yo hubiese adquirido con ella algún tipo de débito que, de vez en cuando, reclamaba con indirectas y que normalmente me perdonaba con magnanimidad. Mi Laura. Cómo la odio.

Me he pasado todo el día pensando en ella, en mi señora Linde, que todavía no tiene nombre ni apellido alguno, que no pasa de ser actriz y, como actriz, no es más que el papel que representa, el de la señora Linde, y encima lo representa mal. Todo el día he dedicado a ella mis pensamientos, mis propósitos, mi futuro, cómo convencerla, elaborando discursos. «Vamos, qué pasa, ¿es que no te gustó? Si te gustó, ¿por qué te privas de una nueva sesión de placer? Y si no te gustó, ¿por qué no me das una nueva oportunidad? Hice todo lo que me pedías, quizás ahí estuvo mi error, quizás ahora me toque a mí decir lo que hay que hacer, tomar

la iniciativa, ¿no te gustó que te comiera el chocho? Di, ¿no te gustó? ¿No te gustó cómo te lo comí, hasta dónde llegó mi lengua, la sabiduría que tiene para rebañar? Dicen que soy el mejor comechochos del mundo». (Tal vez no sean esos el tono ni los términos más adecuados). «¿Sabes qué estaba haciendo con mi mujer cuando esta mañana nos has sorprendido en tu camerino? ¿Y sabes en honor de quién lo hacía yo, sabes en quién estaba pensando? Pero no es lo mismo, claro. Tú eres insustituible. ¿Cuándo repetimos?».

—Hoy no.

Tal vez quería decir que sí en cualquier otra ocasión.

Todo el día pensando en ella, toda la tarde bebiendo whiskies, solo, en el pub donde todo comenzó, y llego a casa y me encuentro con que mi señora esposa, Laura de nombre, ha tomado buena nota de lo que le he dicho por la mañana. «Si no descargo ahora, esta noche me correré en seguida». Eso es una promesa. Y ha enviado a los niños a casa de mis padres, y me ha preparado un plato de gambas, rífalas y calamares con mayonesa verde, y se ha vestido y se ha maquillado para la ocasión.

Ahora está al otro lado de la mesa, con los cabellos sujetos detrás de las orejas con una diadema de brillantes, mostrando el brillo de los pendientes más caros de su joyero. En una ocasión le dije que me gustaba hacer el amor con ella cargada de joyas, le dije que era la mejor manera de amortizar el gasto, de darle al revolcón la dignidad que merecía. Una mujer desnuda cargada de oro y diamantes era el estimulo más excitante que se me antojó en aquella ocasión. Luego se me han ocurrido otros estímulos que han desplazado a los anteriores (bragas deshilachadas y sucias, por ejemplo), pero Laura tiene archivadas todas mis palabras halagadoras, las conserva dentro del joyero, dentro de la caja fuerte, ordenadas, y de vez en cuando las saca a la luz para echarme en cara la confusa maraña de mis recuerdos. Se ha pintado los ojos con discreción para volver más felina su mirada, los labios rojos para hacerlos más besadores. Vestido negro, de cuello en pico, abotonado por delante. Me encanta soltar los Motones, cinco grandes botones, cinco, de arriba ahajo, descubriendo poco a poco el escote, el enigma de la existencia o no de un sujetador sugestivo,

el vientre, las bragas o no. Me encantaba cuando se lo compró, y a ella no se le olvida. Está haciendo todo lo que puede.

La odio.

He bebido demasiado, en el pub, a lo largo de toda la tarde, pensando en la otra, en ella, en la única, la mujer, la señora Linde. La afortunada que aún no tiene nombre y, por tanto, es mujer. He bebido para que el alcohol materializara ante mí su expresión de éxtasis, sus ojos en blanco, sus pechos, montañas, tesoro hecho a la medida de la palma de mis manos. He bebido mucho y ahora no tengo apetito de ninguna clase. Pero eso no me produce ninguna aflicción.

Laura pela las gambas con las manos, permitiendo que la salsa verde se deslice por su antebrazo, hacia el codo. Chupa las cabezas de las gambas, con glotonería lasciva, embadurnándose los labios recién pintados, provocando un goteo hacia la barbilla. Sonríe promesas. Yo sonrío impotencia, pero ella se niega a interpretar correctamente mi sonrisa, de manera que tendré que improvisar algo. Algo que nos deje satisfechos a los dos.

Voy pelando las gambas con los dedos, pringándome, como ella, utilizando los cinco dedos y la palma. Cinco, seis, siete gambas, pero no me las como. No me apetecen. Sólo tengo sed de vino blanco, quitapesares que se me lleve muy lejos de allí. Acabemos de una vez. Y bebo vino blanco, una copa tras otra, mareado ya, algo habrá que hacer.

Me levanto. Voy a la cocina. Abro el frigorífico. Miro en derredor. No sé lo que busco pero lo encuentro en seguida. Un manojo de plátanos de buen tamaño. Eso servirá, como sucedáneo. Me guardo uno en el bolsillo, recordando la famosa frase de Mae West («Eso que llevas en el bolsillo, ¿es una pistola o es que te alegras de verme?».), y me detengo a mitad de camino para regresar, coger un segundo plátano y metérmelo en el otro bolsillo. Y regreso allí, al comedor luciendo una sonrisa vagamente amenazante, o prometedora, «ahora te vas a enterar».

Me siento de nuevo frente a Laura. Ella me mira con insistencia. Ojos de gata. Tomo en un puñado las siete gambas peladas y las sumerjo en un bol lleno de mayonesa verde. Con el bol en una mano y un cuchillo en la otra, sin una palabra, me deslizo bajo la

mesa. Laura me llama por mi nombre pero no le hago caso. A ella tampoco le hubiera gustado que me interrumpiera en mis propósitos para preguntarle qué quería. Gateo en dirección a sus piernas, a su falda ligeramente larga. De rodillas, le desabrocho un botón, luego otro, por una vez de abajo arriba. Ella me está preguntando, entre risas, qué pretendo, qué estoy haciendo. Lleva bragas negras. Le separo las piernas y, con el cuchillo, venciendo remotas tentaciones uxoricidas, rasgo la seda y descubro el triángulo de vello primorosamente recortado. Qué distinto del descuidado matorral de la otra. Me embadurno las manos de mayonesa verde y froto con ellas la cara interna de los muslos de Laura y se los separo más aún, y se los humedezco, y se los acaricio, y dejo libre el paso hacia los labios inferiores, tan hambrientos como los que arriba ingerían gambas. Estos no van a ser menos. También les doy de comer gambas. Una, dos, las empujo con los dedos pulgares, tres, cuatro, hacia adentro, cinco, seis, bien adentro, siete. Y Laura, por encima de mi cabeza, por encima de la mesa, resopla y rebulle, sorprendida y complacida. Le introduzco los pulgares empujando hasta el fondo. A continuación, obturo la abertura con esa mayonesa mezclada con perejil, pepinillos y alcaparras y, en seguida, aplico mi lengua al jugo que unta los muslos, y lamiendo y chupando llego hasta los labios verticales, y meto la lengua para buscar con avidez mi alimento. Chupo y sorbo ruidosamente, y reacciona también ruidosamente Laura. Las piernas se le mueven convulsiva e inevitablemente, me aprietan las mejillas, me sofocan con sus vaivenes. «Suelta el gemido ya, el chillido». Aparto mi boca para gritarle: «¡Empuja, joder, dame de comer, que tengo hambre!», y ella hace fuerza y, con movimientos musculares y violentos golpes de pelvis, expulsa las gambas hacia mi boca, y huelo y mastico y degluto con la impresión de que me la estoy comiendo, y Laura gimotea, solloza, golpea la mesa, mueve las nalgas haciendo mucho ruido con la silla, con los platos, con los vasos, qué sé yo lo que está haciendo por allí arriba. Y, cuando ya no puede más, se desliza por la silla hacia abajo, a mi encuentro, y cae de espaldas ofreciéndome, bajo la mesa, una visión desoladora de los estímulos que el placer ha producido en su compostura. Ha terminado de desabrocharse los botones del vestido, ha liberado sus

pechos subiéndose el sujetador hacia el cuello, y se ha estado acariciando pechos y rostro, de manera enloquecida, con las manos empapadas en salsa, dejando huellas por todas partes. Las lágrimas han corrido el rímel y los dedos ansiosos han tirado la diadema quién sabe dónde, y han soltado la melena, pegoteada ahora con grumos veriles. Así cae entre mis brazos, suplicándome que entre en ella, «ven, ven». Empuño entonces uno de los plátanos y se lo introduzco con saña, aunque pienso que tal vez no haga falta el sucedáneo, porque me siento el pantalón lleno y alborotado. Protesta Laura en cuanto se da cuenta de la impostura, me arranca el plátano de la mano y lo tira lejos, y me busca a dos manos la bragueta y su contenido. Y es tal su furia, y tan instintiva mi reacción de protegerme, que los dos nos damos de cabeza contra el tablero de la mesa, y oímos que se tambalean y caen botellas y que se rompen cristales, mientras Laura hace saltar el botón y corre la cremallera y yo la ayudo a descubrir el valioso lingote. Enloquecida, embalada, trémula, busca Laura el bol que yo me he llevado bajo la mesa y con él adereza lo que en seguida se vuelve sabroso bocado. Estamos los dos febriles, enfermos, esto no puede durar mucho más. Se me ofrece abierta de par en par, incitante, y acepta al huésped deseado con calor. «Dios mío», gime y tose. Se cumple la promesa de que, después de la masturbación matutina, mi resistencia nocturna es mayor. Se prolonga el galope, con mordiscos y arañazos, se prolonga lo bastante para que yo rescate el segundo plátano del bolsillo y busque con él el orificio libre, y jadea ella que no, que no, incapaz de articular palabra, y la penetro, y se suceden los varios orgasmos que ella, una vez puesta, es capaz de experimentar. Chillidos y alegría y dolor y sudores y embestidas hasta que se rompe el dique y llega la liberadora inundación, me vacío, los espasmos, me exprime, la nada, me ordeña, los últimos gemidos, el jadeo, hasta la última gota, el desmayo.

Está ella boca arriba, abierta de piernas y manos, la impudicia más hermosa del mundo, sucia y satisfecha, y repto yo hasta el lugar donde ha quedado olvidado el primer plátano. Regreso hasta Laura de rodillas, y por sorpresa y a traición la ataco con la nueva fruta, y grita ella: «No, por favor, basta ya, por Dios», pero insisto yo en el canal tan lubrificado, la penetro, «No, basta ya», insisto con

fruta y dos dedos, tres dedos, hasta que se vuelve loca y dice que le hago daño, y me da igual, y suplica piedad, y luego se ríe con alacridad demente, «estás loco», y se convulsiona en un orgasmo interminable musitando: «basta, basta, basta», y yo me siento torturador satisfecho y sudoroso y jadeante y triunfante.

Reposamos sobre la alfombra. Fumamos.

—Te quiero —dice Laura—. A pesar de todo, te importo muchísimo, hijoputa.

Y yo le digo, mirando al techo, ausente, traspuesto:

—Pues yo a ti, no. —Y noto cómo se enfría su cuerpo bajo mi mano—. No sé si te odio, pero desde luego no te amo.

Ella permanece muy quieta, expectante.

—Si eso fuera verdad, no me habrías hecho el amor como lo has hecho.

—Solo he querido dejarte buen sabor de boca. Este ha sido el último orgasmo que tenemos juntos.

Se separa de mí, rehuyendo mi contacto. Aprisiona con el sujetador los pechos desparramados. Se cierra el vestido. Lo va abotonando. Eso quiere decir que cree en mis palabras.

—Hace mucho tiempo que no te quiero —digo, mientras noto cómo se aleja definitivamente—, pero esto se está volviendo insoportable. No sé cuándo dejé de quererte. Supongo que antes de que naciera nuestro primer hijo. Discutíamos, ¿recuerdas? Debían de ser los últimos coletazos del amor. Un día me escupiste a la cara y yo te solté una bofetada. Supongo que entonces tendríamos que habernos separado para que acabara la cosa en paz. Pero nos dijeron que los hijos unen mucho y caímos en la trampa. Nada hay que desuna tanto como los hijos. Para determinados matrimonios en crisis, la prole sirve para que la esposa tenga algo con que distraerse y deje en paz al marido, una especie de separación civilizada y conceptual. Los niños traen entonces armonías a distancia, nuevas vidas con tempestades nuevas, broncas tanto o más destructivas que las anteriores pero que cada vez provocan menos angustias de separación, «por el bien de los chicos». Los hijos no salvan los matrimonios. Acaban con ellos, para crear un nuevo núcleo social, compuesto por tres o más personas y, por tanto, con una dinámica y unas finalidades completamente distintas. Así que el primer niño

acabó con nuestro matrimonio. Y el segundo fue tu capricho, un capricho desesperado, una imposición que yo nunca quise aceptar. Desde entonces, estamos separados. Hace cinco años. ¿Cinco o seis? Creo que ha llegado el momento de formalizar esa separación.

Laura se ha levantado, se ha sentado en el borde de una silla y mira al suelo, el charquito verde que gotea desde el interior de su falda.

—¿Estás decidido?

—Estoy decidido.

—Estás liado con esa chica morena, ¿verdad? —No levanta la vista. Utiliza el vestido para limpiarse el sexo, para restañar la hemorragia de mayonesa verde—. La que hace de señora Linde.

Me duele mucho la cabeza, me duele tanto que me zumban los oídos, que casi no me oigo a mi mismo cuando digo:

—Si.

—Me lo imaginaba —suelta ella, con firme resignación. Finge una frialdad absoluta, pero yo sé que está destrozada.

Le grito:

—¡No puedes reprocharme nada! ¿O es que no has tenido tus líos? ¿Cuántas pollas te has comido desde que estamos casados? ¿Diez, veinte, cien? —Ella quiere pasarse la mano por la cara, pero ve que la tiene muy sucia y refrena el gesto. Le gustaría ignorarme —. ¿Me negarás que follaste con «nuestro Macbeth» en esta casa, en nuestra cama?

—No. No te lo negaré.

—¿Con él y con cuántos más? —Temo que empiece a contar con los dedos. No lo hace. Sacude la cabeza dando a entender que no merece la pena continuar hablando de ello—. ¿Peer Gynt? ¿El señor Manninigham? ¿Jimmy Porter?

—Jimmy Porter —dice ella, entre dientes, rabiosa— fue el primero en hacerme disfrutar por detrás. Llevábamos tres años de casados y tú aún tardarías otros tres en llamar a esa puerta.

Es mentira. Lo dice para joderme. Se lo ha inventado. Es imposible. En aquella época, cuando hacíamos el *Mirando hacia atrás*, Laura no…, yo no…

—¿Te forzó? ¿Te violó?

El actor que hizo el papel de Jimmy Porter en mi montaje de

Osborne es un asqueroso, un tipo repugnante. Un día se jactó ante mí de que sólo disfrutaba del sexo con las mujeres que se le resistían. El forcejeo, la pelea, los golpes, la ropa desgarrada a zarpazos: sin esos elementos, el sexo no tenía aliciente para él. Tiempo atrás, organizaba unas orgías en las que alguien siempre terminaba encadenado.

Por eso le pregunto a Laura con inquietud si ese bruto la forzó.

Me responde con media sonrisa sarcástica.

—¿Quieres todos los detalles?

—No —digo, cuando debería haber dicho sí.

Agarro el mantel y pego un brusco tirón haciendo que la vajilla y la cubertería y las botellas se estrellen contra el suelo.

Estoy destrozado.

Me hundo.

El montaje es una mierda.

Todo se está desmoronando a mi alrededor.

6

Estoy obsesionado. Enfermo.

Sus piernas abiertas en un ángulo de ciento ochenta grados, mostrando la cara oculta de los muslos y la abertura golosa, rodeada de vello hirsuto, negro y excesivo, donde se atrafagaba mi miembro henchido. «No, ponte así». Descarada, desnuda, pierniabierta, penetrada en la imagen del espejo que me había hecho descolgar y colocar contra la pared, frente a la cama. Se me van los ojos hacia todos los escotes de las mujeres que se cruzan conmigo en la calle o que me saludan, o que se sientan frente a mí en un restaurante. Actitud de viejo lúbrico e impotente. ¿Por qué? ¿Tan hermoso es el busto de ella, de mi señora Linde? Escotes en pico, atrevidos y reprimidos a la vez, escotes redondos que aprisionan pechos excesivos y producen una regocijante sensación de ahogo y de reventón inminente, ranuras profundas asomando entre puntillas, camisetas ajustadas que, en relieve, delatan diferentes tipos de sujetadores, o modelan pechos desnudos resaltando fielmente el pezón. Se me van las manos, ansío posarlas sobre ese muestrario infinito de tetas, tiemblo enfebrecido, anhelo amasarlas, pellizcarlas, se me hace la boca agua cuando pienso en devorarlas a dentelladas. Pero, detrás de esa obsesión, no se encuentra ninguna de las mujeres desconocidas. Las mujeres desconocidas no existen. No despiertan nada en mí. Detrás de mi delirante necesidad, sólo se encuentra ella, mi señora Linde, mi única obsesión. Me pregunto por qué y no obtengo respuesta y eso aumenta mi desazón. Necesito saber qué ocurrió durante nuestro encuentro, qué cosa relacionada con sus pechos se refleja ahora en todos los pechos del mundo. Y, en mi búsqueda, me sumerjo en

reflexiones absurdas, más desasosegadoras todavía.

Estoy metido en mi coche, con el motor en marcha para poder disfrutar del aire acondicionado y, sin embargo, mantengo abierta una ventanilla por la que entra el calor bochornoso del atardecer, ganando la batalla al progreso. Un sudor pegajoso, probablemente ajeno a la temperatura ambiente, se desliza por mis sienes y por mi espalda, mientras yo trato de concretar cuál es el placer exacto que nos produce amasar o pellizcar un pecho femenino, o mientras reconstruyo detalle a detalle, obsesivamente, nuestro encuentro en el hotel de tres estrellas, para dilucidar de dónde sale mi súbita y maníaca adoración de tetas. Pasa una muchachita de pechos prominentes y puntiagudos. Misántropo y furtivo, deseo que corra para ver cómo saltan alegremente debajo de su blusa. Calculo cómo se amoldarían a mí mano, si cabrían en la palma cómodamente o si tendría que alargar los dedos para abarcarlos del todo Si desaparecerían, fláccidos y arrugados, en mi puño o si opondrían resistencia de globo, mullido y duro a la vez. Asienten los pechos de ella cuando corre, salta de alegría. Asienten. Consienten. El placer de sobar tetas no se encuentra únicamente en el tacto sino, sobre todo, en el efecto que provoca en la mujer acariciada. El suspiro, el gemido, la mirada que se enturbia, el músculo que cede. No es la pura sensación táctil, sino la sensación de triunfo, de dominio, que produce en el acariciador. «Ya eres mía». Ella está a tu merced. La mujer cierra los ojos, cae, se entrega, se desmaya, muere entre tus manos, muere ensartada al fin, cae bajo el vencedor. Tal vez por eso la mayoría de los hombres nos resistimos a demostrar nuestro gozo durante el orgasmo, nos endurecemos y gruñimos como gruñe el macho de la manada al derrotar al rival.

Porque el gemido y el desmayo son signos de derrota.

¿Quién habla de combate?

Yo. Yo hablo de combate. Pero pienso, quiero pensar, que nada de todo eso sucedió con ella. Con ella, todo fue especial. Se acariciaba los pechos cuando se reflejaba en el espejo y yo la penetraba, ignorado, a su espalda; se los acariciaba cuando galopaba sobre mí y se le venció la cabeza hacia atrás, aparentemente rendida y debilitada por el placer. Me asusta la súbita sospecha de que tal vez nunca llegué a tocar sus pechos. Me

tranquilizo aduciendo que sin duda los acaricié porque siempre suelo hacerlo. Me gusta tocar tetas. Me gusta morderlas y babearlas. Me gusta masturbarme con ellas y correrme muy cerca del rostro de mi compañera de juegos. Pero no hice nada de eso con ella, con la muchachita tosca y torpe y desdeñosa, con mi desafortunada señora Linde. ¿Qué hice con ella? Tengo que reconstruir nuestro encuentro, detalle por detalle. La entrada en el vestíbulo del hotel, el rostro sarcástico del recepcionista de edad provecta, «¿y no llevan equipaje?». No parecíamos un matrimonio. Ella demasiado joven y yo demasiado viejo, nuestras ropas no podrían haber compartido jamás un mismo armario. Y no es normal que un matrimonio se aloje en un hotel de su misma ciudad de residencia (como podía comprobar cualquiera a la vista del DNI), a las cuatro y cinco de la tarde. Más detalles, más detalles. El traje negro o gris marengo del recepcionista, su corbata gris perla, de seda, su camisa blanca. Qué tonterías. Qué importa eso. Lo que debo reconstruir es la entrada en el dormitorio, el primer beso a solas, los primeros toqueteos a solas. Descubro con zozobra que no recuerdo absolutamente nada de lo sucedido. Los primeros escarceos, el momento siempre fastidioso dedicado a quitarnos la ropa. ¿Ella quitándose las bragas, quizá? ¿Los pechos colgando cuando se agachó para sacar primero un pie, y luego otro, de las bragas? ¿Eso lo vi o me lo imagino? Interfiere la imagen del forcejeo con el mulato de vestuario, el mulato del pendiente, el mulato musculoso que yo siempre hubiera jurado que era maricón. Él la agredía con sonrisa congelada, ella le sujetaba las muñecas, como para impedir que las manos llegaran hasta sus pechos. Forcejeaban y se reían, y a mí eso me pareció el inicio de una inevitable relación salvaje. Mi imaginación prolonga la escena hasta las últimas consecuencias. Hasta que el mulato vence y acorrala a mi muchachita contra la pared, y consigue arrimar su bragueta hinchada al vientre plano de ella. Mi imaginación desdichada delira y ve una mano pugnando con una cremallera y la aparición de una tranca descomunal e inagotable. Ella celebra aquella visión haciendo una o con los labios y desorbitando los ojos, como cuando vio mi sexo, poco antes de ensartarse en él (lo hace siempre, lo hace con todos). Aquella expresión tan traviesa, tan seductora, tan sabia, tan falsa, tan de puta complaciente pero

cansada. Se abre de piernas la señora Linde, que no lleva bragas, y se encarama en el mástil, voluntaria para la cofa, para gritar el tierra a la vista, como la Schneider se encaramó hace años en el Brando, y lo rodeó con sus piernas. O bien se pone de rodillas mi chiquilla y se come con afán el ariete de carne y sangre. Y tal vez el mulato, gilipollas y cabrón, tal vez, la agarra de la nuca, de la coleta, y tira de ella para mirarla a los ojos color de miel y para escupirle a la cara:

—No te enamores nunca de mí.

Gilipollas y cabrón.

«Entendido».

Los labios gruesos rodearon mi glande y se amoldaron a su base como solían hacerlo los dedos de Laura. Y la lengua buscó el frenillo, porque para eso está el frenillo ahí debajo, al alcance de lenguas sabias, y se me derritieron las vísceras, se me puso esa cara de marmolillo embobado que suele ponérseme en esas circunstancias, y me diluí en el agua de la bañera.

Sale del teatro, de la mano del mulato gilipollas y cabrón. «No, espera, ponte así». La llamo. «Ven un momento». Y viene. Se inclina, en el exterior bochornoso, se acoda en la ventanilla abierta y mete la cabeza en el interior donde casi no se advierten los efectos del aire acondicionado. Mis ojos se clavan en su escote sin sujetador y se pierden entre carne libre y curvas irresistibles. Ella vencida y encabritada, echando la cabeza atrás, arqueando atrás el cuerpo, ofreciendo a mis manos sus pechos llenos y enhiestos. «Mira el espejo».

—Sube —digo, ronco. Carraspeo. Repito—: Sube.

—Es que me esperan —se resiste, sin entonación, como si estuviera sobre el escenario.

—Tengo que hablar contigo, coño. Sube. Que subas.

Me la llevaré a un descampado y la violaré.

—¿Pero qué quieres?

Sólo tengo que decirle «Quiero follar contigo, ¿qué pasa?, ¿no te gustó la otra vez?». Pero digo:

—Que subas, coño. Monta. —Acciono la manija de la puerta.

Con el peso de su cuerpo, consigue devolver el cerrojo a su sitio. Da muestras de gran paciencia ante mis aviesas intenciones.

—¿Has bebido? —pregunta.

—Si. —Es evidente.

—Pues ya hablaremos mañana, anda.

Quiere incorporarse. La sujeto de la muñeca.

—¡Espera, joder!

Me mira. «Ni se te ocurra». El mulato es dos veces más grande que yo. Si me pone la mano encima, me descuartizará.

Cavo mi propia tumba:

—Te quiero. Me he enamorado de ti.

Y ella me tira de cabeza a la fosa.

—No seas gilipollas.

Es la desolación absoluta. Su rostro desaparece de mi vista. Puedo ver sus pechos firmes a través de la camiseta.

Dios mío, si a esta obsesión no se la puede llamar amor, ¿entonces a qué? Si esta crisis, esta enfermedad no es amor, entonces no merece la pena haber vivido. Si Shakespeare, Chejov y Lope de Vega no me están esperando en alguna especie de paraíso, todo lo que estoy haciendo es vano, ridículo y absurdo ¿Por qué lo hago? ¿Por qué me dedico a lo que me dedico?

¿Por dinero? ¿Sólo por el puto dinero? ¿Por los aplausos? ¿Sólo por los aplausos de cuatro idiotas que no entienden nada?

La verdad es que estoy borracho y no soy dueño de mí.

Ella se abraza a la cintura del mulato y se van los dos alegremente, casi dando saltos de felicidad. Yo pongo en marcha el coche y deseo estrellarme cuanto antes, salir despedido a través del parabrisas, la cara convertida en una pulpa sangrienta.

7

Nos gustaba hablar de cuando nos conocimos, y nos formábamos la imagen falsa de dos adolescentes inexpertos en sus primeros ejercicios sexuales. En realidad, para entonces los dos estábamos ya casados. Nuestra iniciación fue adúltera, furtiva y vergonzante. Laura y su marido y yo y mi esposa coincidimos en la ceremonia de entrega de no sé qué premios de publicidad, o de cine, o de televisión, y simpatizamos de inmediato. Laura y mi mujer habían sido compañeras de estudios, en la Facultad de Filosofía y Letras, y guardaban muy buen recuerdo la una de la otra. El marido de Laura era productor de publicidad, un tipo muy ingenioso y brillante, que en un principio me llegó a subyugar más que su esposa.

Cenamos juntos un sábado y, durante la cena, quedamos en ir al día siguiente a no sé qué espectáculo imprescindible y, a la salida del espectáculo, decidimos ir juntos a esquiar el fin de semana siguiente. Disfrutamos juntos de aquella temporada de esquí y, luego, instauramos una cena semanal, y Laura y mi esposa se iban de compras y yo y el productor de publicidad jugábamos a squash.

Laura escribió la versión de *Les noces de Fígaro* que monté yo. Primero monté su versión y luego, mucho más tarde, la monté a ella.

Ninguno de los dos recuerda cuál fue el que se descalzó en el transcurso de una cena y puso su pie sobre el pie del otro y lo dejó allí un rato, como un simple e inofensivo apretón reconfortante y cómplice. Si fue Laura, durante la cena siguiente se llevó una sorpresa al notar que yo tomaba la misma iniciativa colocándole el pie entre los muslos. Me miró desde el otro lado de la mesa, sin sorpresa, y apretó los muslos, acogiendo mi caricia calurosamente.

Tardamos mucho en revolver juntos unas sábanas. Yo llegué a creer que no lo haríamos nunca. Mi primer orgasmo con ella fue en una fiesta a la que no había podido asistir mi mujer y, durante la cual, su marido se emborrachó hasta el delirio. Nos encontramos sentados el uno junto al otro, en un sofá, en un rincón olvidado y, mientras hablábamos de nonadas, tomé su mano, se la besé y la coloqué sobre mi sexo ansioso. Me dijo: «Tengo que llevarlo a casa», refiriéndose a su marido. Le di a entender, sólo con la mirada, que me parecía una excusa torpe, un rechazo que enaltecía mis celos. «Tengo que dedicarme a él, hoy no puedo estar por ti». Estaba a punto de manifestar mi contrariedad cuando me desabrochó la bragueta y me masturbó. Obedeció, sumisa, mis instrucciones. «No, así no, así». Aprendía de prisa. Y no parecía dispuesta a pedir nada a cambio. Mirábamos a derecha e izquierda, temiendo que alguien entrara en la estancia y nos sorprendiera. Se nos olvidó el beso en la boca.

La segunda vez fue en el cine. Habíamos ido solos, ella y yo, porque ponían una película muy rara «que no debía de interesar a nuestros cónyuges pero que, a nosotros, nos serviría para poner en orden algunos elementos de nuestro próximo montaje». «Límpiame», le pedí por primera vez, como lo pediría a partir de entonces siempre que necesitaba el calor de su mano. Dios mío, qué bien lo hacía. Qué bien lo hace. Nunca podré prescindir de su mano de experta ordeñadora.

De vez en cuando, me preguntaba yo qué placer debía de experimentar ella al masturbarme. Me parecía demasiado generosa y me ponía en evidencia, ante mí mismo, como aprovechado egoísta. Quería darle algo a cambio y no sabía qué, y permitía que la idea me obsesionara e interfiriera cuando recreaba sus manipulaciones, en su ausencia. Cuando le pregunté, me dijo que se masturbaba a solas, luego, pensando en mí. Alguna vez probé a meter la mano bajo su falda y su braga y estimular su botón sensible, pero se resistió. Dijo: «No te esfuerces, no hace falta, yo ya sé ser feliz».

Continuamos yendo al cine sin nuestros cónyuges. Elegíamos películas que ellos no irían a ver jamás y que nosotros sólo podíamos soportar con la excusa de un futuro montaje, que se

suponía que habíamos de escribir juntos. Así, asistimos a cataclismos estrepitosos y exasperantes de Terminators y Aniquilators y Junglas de Cristal Uno, Dos, Tres, de los que salíamos con dolor de cabeza y taquicardia. Alguna vez nos metimos en algún cine X, pero no nos gustó la experiencia. Los hombres y mujeres que se entrelazaban en la pantalla, entre gritos y susurros, aceleraban mis erecciones y se apropiaban de mi orgasmo, y volvían pedestre una experiencia que en otras circunstancias resultaba sublime. El mérito y la satisfacción de verdad estaban en conseguir eyaculaciones gloriosas e interminables enfrentado a la torpe estolidez de filmes pensados para jóvenes norteamericanos descerebrados.

Está claro que, en lugar de ir a ver aquellas películas, podríamos habernos metido en un hotel para compartir placeres, pero ni siquiera consideramos esa posibilidad. Era como si hubiéramos descubierto una nueva forma de amor, una forma propia cuyo secreto sólo conocíamos nosotros, porque la habíamos descubierto nosotros, que se adecuaba a nuestras necesidades y que nos proporcionaba un bienestar que ninguna otra práctica podía suplir. Por un tiempo, pensé, incluso deseé, que nuestras relaciones se limitarían a aquellas aberraciones cinematográficas. La penetración y el orgasmo compartido en la cama serían privativos de mi legítima esposa (una forma de fidelidad) y con Laura me limitaría a la masturbación manual y clandestina. Ojalá que nada cambiara, que no se estropearan las cosas, ojalá que Laura nunca se me pervirtiera abriéndose de piernas. Fantasías. Tanta felicidad nunca puede ser eterna.

Un día, por sorpresa, me encontré siguiéndola escaleras arriba, en dirección a su piso, estupefacto, víctima de una encerrona del estilo de «Vamos a buscar unos jerséis, que más tarde refrescará». Nuestros respectivos se quedaron en el coche y allí estaban esperando mientras nosotros subíamos al piso, Laura y yo solos, con las entrepiernas vibrantes y expectantes, el susto acelerando corazones, adrenalina vivificante corriendo por todo el cuerpo y entorpeciendo nuestras mentes. Teníamos que hacerlo, no cabía la menor duda, «algo rápido», era inevitable, aunque no me podía imaginar dónde. Nos veía, ridículos, en las sillas del comedor, una

junto a la otra, los dos frente al televisor para remedar lo mejor posible nuestro habitual teatro de operaciones. Ella masturbándome en su propia casa, en su propia cama, quizá chupándomela con voracidad (por primera vez me permití ese devaneo, la imaginé usando la boca en lugar de la mano y tuve una especie de mareo), y su marido y mi mujer abajo, en el coche, hablando de esto y de aquello.

Algo sospeché. Creo que algo sospeché. No era normal aquella situación. Laura había dicho: «Ven, creo que encontraré algo de tu talla» y yo había bajado del coche y la había seguido como si fuera lo más normal del mundo. ¿Acaso no íbamos juntos al cine? Me sentí incómodo al dejar a mi mujer en el coche, a solas con el marido cornudo, pero atribuí esa sensación a la excitación del adulterio. «Tenemos que hacerlo. Algo rápido». Su marido no había dicho: «Deja, ya voy yo». Qué raro. Yo no miré a mi mujer, pero tal vez ella me mirase como preguntando: «¿Dónde vas?». Laura me había invitado. Negarme a ir hubiera sido una grosería. Creo que sospeché algo, pero no sé qué, en todo caso la sospecha no tuvo ningún poder disuasorio.

Temblábamos al cerrar la puerta. Laura pegó su pecho al mío y me ofreció su boca abierta. Y yo vi las maletas en el recibidor.

—¿Y eso? —La sospecha se volvía certeza.

—Mi marido. Se va. Lo sabe todo.

Me besó en los labios, me los lamió, me besó en el cuello, bajo la oreja. Me abrazaba con toda la calidez de su cuerpo ávido. Como, en experiencias anteriores, su mano se adaptaba a mi falo y, con su apretón, le daba consistencia y razón de ser, igual su cuerpo y sus brazos se apoderaron de mí y me privaron de toda razón de vivir que no fuera aquel allí y aquel entonces. Como, en experiencias anteriores, aquella palma en la que yo había escupido me lubricaba la cabeza de la verga, despertando sensaciones de placer punzante e insoportable en su cuello y en el frenillo, así me lubricó cuello y mejillas y labios y ojos y frente con su lengua ansiosa, y me fundí.

Su marido lo sabía todo. Si lo sabía todo, se lo diría a mi esposa, tal vez se lo había dicho ya, tal vez se lo estaba diciendo en aquellos precisos instantes, en el coche. «¿Sabes lo que están haciendo Laura y tu marido?». La boca de Laura venciendo sobre la mía, su lengua

trenzándose con la mía, nuestros cuerpos pidiendo a gritos, a llamaradas, satisfacción inmediata.

—Vamos. —Laura se separó de mí, me sonrió. Era su gran día. «Vamos a ver si encontramos algo de tu talla». La encerrona. Manteniéndose frente a mí, embellecida por la excitación animal, me tenía sujeto de las manos y me arrastraba hacia el interior de su casa, que pronto sería la mía—. Dice mi marido que tu mujer la chupa de maravilla. Ahora verás cómo la chupo yo.

Mirada destructiva, la de Laura. Mirada arrasadora. Adiós a mi esposa, adiós a mi matrimonio, adiós a mi vida, adiós a las masturbaciones cinematográficas. Al llegar al dormitorio, Laura se abrió la blusa, se abrió de piernas y una nueva vida se abría ante mí. Yo no tenía elección. No hubiera soportado la soledad después de aquella ruptura brutal, involuntaria y traumática. No hubiera podido vivir solo.

Tuve miedo de que el cuerpo no me respondiera en aquellas turbulentas circunstancias. Por eso, en medio de las primeras efusiones, le ordené que se abandonara a mí, que quería proporcionarle un orgasmo en solitario como ella me había proporcionado tantos, «quiero sentir cómo te estremeces antes de estremecernos juntos».

Se abrió la puerta del futuro, en un ángulo de ciento ochenta grados, tan abierta como era posible, echada Laura boca arriba sobre la cama, las piernas dobladas, los pies apoyados en el suelo, científicamente calculado todo para que mi lengua entrase tanto como fuera posible. Qué corta es la lengua para estos menesteres, qué insuficiente para la penetración, por mucho que abras la boca, por mucho que con la boca abarques toda la abertura del sexo y que te esfuerces hasta que te duelen las comisuras y la garganta como si alguien tirase de tu lengua con unas tenazas.

Así, postrado de rodillas, viví la primera invasión, el primer estremecimiento, sus primeros gritos, el sabor embriagante de sus primeros jugos.

Se abrió la blusa, se abrió de piernas y una nueva vida se abría ante mí. Se abrió la puerta del futuro, en un ángulo de ciento ochenta grados, y entré en ella emocionado aún por la nostalgia de lo que fue y ya no era, prometiéndome que en nuestras relaciones

futuras siempre habría un resquicio para la masturbación de sus dedos sabios, y me prometí que yo también aprendería a «limpiarla», porque amor con amor se paga, con la misma habilidad enloquecedora con que ella me «limpiaba» a mí.

8

Laura, a mi lado, lee *Los perros negros*, de Ian McEwan, porque yo se lo recomendé. Todavía compartimos la casa, todavía compartimos el lecho. Es ridículo.

—He encontrado ya un apartamento —miento—. Me trasladaré a primeros de mes.

—Ah, bien, me alegro —responde ella, sin abandonar la lectura, y su actitud indiferente se me antoja de lo más mordaz.

Me enfrasco en la contemplación del periódico. Me empeño en recrear, con mi imaginación y mi memoria, el encuentro con ella. Ella es todavía la señora Linde. Me niego a darle un nombre, a llamarla por su nombre, para no romper ningún ensalmo. Me estoy comportando de forma supersticiosa.

Los dos entrando en la habitación del hotel de tres estrellas. No recuerdo cómo era la habitación, mis ojos sólo la atendían a ella. Sólo sé que la estancia me pareció muy pequeña y, más tarde, el edredón muy pesado. Sólo tenía ojos para ella, que se volvía hacia mí con esa mirada de soslayo que luego repetiría junto a la bañera, que luego repetiría en el escenario, cuando acudí a ella y se apartó los cabellos para ponérselos detrás de la oreja. En aquel momento, el reojo me pareció travieso y generoso. Me pareció una invitación. Le puse mi mano izquierda en la nuca, bajo la coleta, y la besé. Invadí su boca con mi lengua y mi saliva, y ella correspondió. Llevé mi mano derecha a su cintura. La introduje bajo la camiseta rosa descolorida, mal lavada, y me apoderé de un pecho libre, de pezón erecto.

¿Por qué tengo tantas ganas de repetir mi experiencia con ella? ¿Por qué no me busco a alguien con quien sustituirla? ¿Por qué no

hago caso, de una vez, de las miradas insinuantes que me dirige la chica que hace de Doncella, esa rubia tetuda y descarada?

De pronto, me sorprendo muy excitado, con la necesidad de envergar inmediatamente. Miro a Laura de reojo. Me pregunto cómo reaccionaría si supiera lo que me está sucediendo. Siempre fuimos muy liberales. Aquel tío que hacía el papel de Jimmy Porter, ¿cómo se llamaba? Alguna vez me había montado Laura alguna escena de celos, pero nunca llegó la sangre al río. Ahora lo entiendo todo. Jimmy Porter le dio por el culo tres años antes que yo. El guarro de Jimmy Porter. Y yo ni olérmelo. Y todavía se permitía hacerme escenas de celos. Aquella vez que, borracho y torpe, me llevé del *vernissage* a la pintora alemana y tardé dos días en aparecer por casa. Estaba seguro de que Laura me exigiría el divorcio, llegué dispuesto a pedirle perdón de rodillas y resultó que lo único que le preocupaba era el qué dirán. En la discusión que siguió, prácticamente vino a decirme que me daba libertad de hacer lo que quisiera con otras mujeres siempre y cuando supiera guardar las apariencias. Probablemente, no era eso lo que sentía. Aunque en aquella época Jimmy Porter se entregara a toda clase de aberraciones con ella. Probablemente estaba guardando las formas al decirme todo aquello, formas de gente civilizada, progresista, liberal, con el único objeto de conservarme a mí, la estabilidad del hogar y de una calidad de vida que tanto nos había costado alcanzar. Jimmy Porter sodomizándola, sometiéndola a toda clase de vejaciones, y ella diciéndome que guardara las formas.

En otra ocasión, más sincera, me dijo que o todos moros o todos cristianos. Literalmente, que si yo sentía curiosidad por saber cómo la chupaban otras mujeres, ella también tenía deseos de conocer otros sabores genitales. ¿En qué estaría pensando, si por aquel entonces ya lo había hecho todo con Jimmy Porter? El plural me sugería multitud de genitales, cada uno ocupando un acceso distinto. Por delante, por detrás, por la boca. Tal vez dos en cada orificio, si es que eso era posible, mientras ella masturbaba a dos manos, a dos pies. Y yo, iluso, que me ofendí y me negué. Se me subió la sangre a la cabeza sólo de pensar que Laura podía darle un beso con lengua a otro tipo. Dios mío, qué ridículo. La amenacé. Gritamos mucho. Qué comedia, por favor. Lloramos. Llegamos a un

pacto. Ni tú ni yo. Nos queríamos y era una insensatez continuar poniendo en peligro nuestra felicidad y todo lo que habíamos construido juntos. Simples palabras, claro. En aquella época, yo tenía un lío con una actriz, frívola y cómoda, francamente confortable, un lío que podía haber llegado a ser eterno. Era Lady Macbeth. Nos encontrábamos de vez en cuando, casi casualmente, hacíamos unas cuantas marranadas divertidas y luego vivíamos nuestras vidas sin más problemas. Un asunto así no se echa por la ventana de buenas a primeras. Era demasiado gratificante, demasiado sencillo, demasiado inofensivo. Supongo que Laura pensaría lo mismo de su amante de entonces, puesto que me había confesado que había estado liada con Macbeth. Yo creía que un asunto así incluso era sano para la vida conyugal. Era tan espontáneo, tan inocuo, que no se le podía llamar adulterio y, a la vez, servía de vacuna contra cualquier otra clase de relación peligrosa. Eso pensaba yo. Probablemente, si hubiera continuado mis relaciones con la cómoda Lady Macbeth, no habría ocurrido lo que ocurrió con la señora Linde.

Pienso en lo que harían Laura y Macbeth y me sobreviene una erección importuna. Con la vista fija en una noticia sin sentido del periódico, recurro de nuevo a la memoria y a la imaginación. Paso de los ofensivos orgasmos de Laura con otros al beso ansioso, en el hotel de tres estrellas, a las babas mezcladas y las lenguas entrelazadas, a mi mano, que abandonaba la teta hecha a la medida de mis dedos para bajar por la cintura, acariciar el vientre, introducirse bajo el elástico de la falda y el elástico de la braguita y encontrar al fin la espesa mata de vello y la humedad de otros labios. Ella no reaccionó, de momento, si no es separando ligeramente los muslos para favorecer la exploración de mis dedos.

Cuando aparté mi boca de la suya, expelió aire con un suspiro que hacía presagiar gemidos apasionados. Le mordisqueé el cuello y murmuré, cerca de su oreja:

—Déjame hacer. Quiero que tengas un orgasmo tú sola, tú primero. Déjame hacer.

Me arrodillé, y tiré de su falda y de sus bragas. Le quité yo las bragas, en actitud de adoración, de forma que la imagen de ella quitándoselas, inclinada, pendulando sus pechos libres, es pura

imaginación, o confusión, o quién sabe si premonición. Se liberó ella de la camiseta por la cabeza, con gesto resuelto y atrevido, mientras yo la empujaba suavemente hacia la cama. Se sentó en ella, y se dejó caer de espaldas con perezoso abandono, en generosa oblación. Yo, siempre de rodillas, puse mis hombros bajo sus muslos y ataqué con la lengua la dulce abertura de olor acre y embriagador. Gimió cuando lamí, de abajo arriba, de arriba abajo, sorbiendo sus jugos, lubricando con los míos. Se estremecía, movía las caderas con vaivén instintivo, animal. Le metí la lengua, y la sentí insuficiente para aquellas profundidades, y traté de imprimirle toda la imaginación, la agilidad y la movilidad de que fui capaz. Aun así, me pareció que ella se impacientaba y exigía más. Me veo ridículo, con la lengua fuera, la punta de la nariz hincada en su clítoris, el cuello estirado, de cabeza en su entrepierna, sofocándome en su sexo. Ella vibrando de placer, enajenada, lejana, del lado de allí, y yo solo, en esta orilla, afanándome como un esclavo para conseguirle placer. ¿Qué placer obtiene el que obsequia con un *cunnilingus*? Me veo abyecto y degradado, y no recuerdo que jamás anteriormente me hubiera visto en posición ni situación semejantes. Me parece que encuentro respuesta a los enigmas que se me plantean: la solución está ahí, en mi abyección, en mi sumisión. Por eso, ella se había permitido empezar a dar órdenes de inmediato. Por eso la obedecí sin rechistar. Me había dominado. No sé cómo, pero había conseguido que yo le ofreciera mi cuello, y me lo había pisado, había puesto en cuestión mis creencias, mi trabajo, había precipitado el fin de mi matrimonio, y un mes después no había levantado aún su bota de mi cabeza. Ella gimoteaba, gritaba, pedía más y más, y yo, temeroso de que mi lengua no le proporcionara todo lo que ella esperaba, retrocedí, puse las manos contra la cara interior de sus muslos, se los separé e introduje los dos pulgares a la vez, a fondo. Experimentó una especie de sacudida eléctrica que se extendió, a través de mis dedos y de mis brazos, hasta el centro de mi organismo. De pronto se tensaban mis calzoncillos y mis pantalones como nunca lo habían hecho. Solté mi presa, con miedo de que protestara, o me riñera, o me agrediera. Empecé a desnudarme de prisa, torpemente. Se incorporó como impulsada por un resorte, irradiando energía y

calor su cuerpo delgado, y fue entonces cuando me ordenó:

—Descuelga ese espejo. Ponlo ahí. Quiero verme. Quiero que nos veamos.

Enardecido, salto de la cama. En el dormitorio no tenemos espejo, de modo que voy al cuarto de baño y descuelgo el que hay allí. En mi precipitación, derribo los frascos que se alinean en la repisa, y unos caen en la pila del lavabo, y otros se estrellan contra el suelo. Regreso apresuradamente al dormitorio donde Laura, sorprendida, me pregunta:

—¿Pero qué estás haciendo?

«Espera, ponte así», me había dicho ella, mi perversa y dominante señora Linde.

—Espera, ponte así —le digo a Laura.

Ella quiere resistirse, «¿pero estás loco?, ¿pero no estamos separados?, ¿no dices que no me quieres?».

—Vamos, vamos. Mira cómo estoy.

Me he quitado el pijama. Muestro de forma ostentosa mi espolón engarabitado, y bailo para que se mueva de un lado a otro. Ella sonríe. Tristemente, pero consigo hacerla sonreír. Se me ocurre que estos días ha llorado nuestra separación en secreto y en silencio, nunca lloraría en mi presencia ni a gritos; pienso que la separación es traumática para ella, y que ahora corre el riesgo de hacerse ilusiones.

Es cruel apartar de un tirón la ropa de la cama, es cruel abalanzarme sobre ella y besarla en el cuello y en los labios como un poseso. Pero ella me acoge, y abre la boca y mezclamos alientos y jadeos, y echa el libro a un lado y se me ofrece, generosa, imprudente. Es cruel quitarle el camisón y hacerla disfrutar de la suavidad de su piel contra la mía.

—No, no, no. Espera, ponte así. Mira. Yo me echo boca arriba aquí y tú de cara al espejo, mirándote al espejo…

—Pero yo quiero mirarte a ti. Quiero verte la cara.

—Haz lo que te digo, por favor. Dame la espalda. Mírate en el espejo. Acaríciate los pechos.

Laura descarada, desnuda, pierniabierta, penetrada, disfrutando ante el espejo, y yo a su espalda, lejano, ausente, moviendo la cabeza en un intento grotesco de contemplar el espectáculo, como

el señor bajito que, en un desfile, ha tenido la desgracia de ir a parar detrás de otro, mayor que él en estatura y dignidad.

—Pero es que así no te veo. Es como si me estuviera masturbando, yo sola…

Y yo dejo caer la cabeza sobre la almohada y mirando al techo me vacío, me vacío, y me parece, iluso, que ahora ya lo entiendo todo.

9

Laura fuma y reposa en la cama, despatarrada. Quiere saber a qué responde mi súbito arranque. Yo me visto de prisa, casi furtivo, ansioso por salir cuanto antes del dormitorio, de casa, perderla de vista como si este no hubiera sido más que un polvo rápido con una prostituta callejera.

Le digo:

—Estaba pensando en esa actriz, la que hace de Linde, y me he puesto caliente.

Laura frunce los ojos. Casi me compadece.

Me pongo los calcetines. No hay nada más patético que un hombre que se pone los calcetines.

—¿Qué te ocurre? Estás… Nunca te había visto así.

—El enamoramiento es una crisis de personalidad. Afecta a todos los aspectos de la vida. El trabajo. El ocio. ¿Te enamoraste de Jimmy Porter?

¿Por qué hablo de enamoramiento? ¿Quiero convencerla de que estoy enamorado de mi señora Linde? ¿Quiero convencerme?

Me pongo la camisa. No hay nada más grotesco que un hombre con camisa y calcetines y sin pantalones. No me gusta que Laura me vea así. La mataría.

—Jimmy Porter era brutal —dice ella al fin—. Durante un tiempo, eso me excitó. Me gustaba. Supongo que hizo aflorar mi vena masoquista.

—¿Qué te hacía? ¿Te pegaba? ¿Te tiraba de los pelos?

—Me pellizcaba los pezones. Me los retorcía. Me hacía daño de verdad.

—¿Y dices que te gustaba?

Me he puesto los pantalones. Se acabó. Me voy. Meto los faldones de la camisa, me abrocho el botón y la cremallera. El cinturón.

—Me gustó, sí. Me sometió. Me sometieron entre él y ese amigo que tenía…

—¿Un amigo?

—Sí. Ese grandote y musculoso que tenía un bar. El de la melena.

—¿Te violaron los dos?

—Fue en una de sus orgías, para gran diversión de todos los presentes. Me resistí a mordiscos y puntapiés, pero aquella bestia me sujetó por los brazos. Jimmy Porter me agarró por la nuca y me clavó la frente en un almohadón y me hizo poner las rodillas cerca del pecho, para que me quedara el culo en pompa. Y entonces me sodomizó. Entretanto, el amigo de las melenas miraba y se masturbaba. Descargó primero Jimmy Porter. Entonces, el melenas me dijo: «Levanta la cabeza, levanta la cara, y abre la boca». Levanté la cara, pero no abrí la boca. El semen me fue a parar a la nariz, a los labios prietos, y se deslizó por mi barbilla, hacia los pechos. Una auténtica cascada.

—Y te gustó. —Petrificado. No lo puedo creer.

Suspira. Expele el humo del cigarrillo. Cierra los ojos. Yo ya me he calzado, ya me pongo la chaqueta.

—No —reconoce—. No me gustó. Pero Jimmy Porter venía y me lo hacía. Y, durante un tiempo, yo no me podía negar. Era aquella época en que tú estabas muy concentrado en el montaje de *Mirando hacia atrás*, no me hacías mucho caso y me harté de tu ausencia. Supongo que te estaba castigando. Y, a la vez, me castigaba a mí misma por mi infidelidad. Te jodía poniéndote los cuernos, pero me jodía a mí misma por ponértelos. Puesta a follar, follar sufriendo. O quizá pensaba que estabas demasiado pendiente de Jimmy Porter, y follar con él era equivalente a follar contigo. Quién sabe.

Me voy. Sin más.

¿Y dónde iré a estas horas? ¿A qué viene tanta precipitación? ¿De qué estoy huyendo?

10

Lleva un vestido negro, de escote redondo. La falda, muy corta, apenas le cubre el comienzo de los muslos. Me figuro que la siento sobre mis rodillas, que basta con apartar un centímetro su braguita, en caso de que la lleve, para entrar en ella sin que nadie se aperciba. Me imagino un coito inmóvil y secreto, los dos mirando a cualquier parte, disimulando, su mano temblando en mi hombro.

No puedo pensar en otra cosa. Estoy convencido de que su belleza aumenta día a día desde que estuvimos en el hotel de tres estrellas. He llegado a suponer que se embellece a propósito, que se depila las cejas, que se maquilla cuidadosamente, que se somete a cuidados faciales, a quién sabe qué milagrerías que hacen más altivo su busto, más respingonas sus nalgas y más largas sus piernas. Todo para fastidiarme a mí, para restregarme por las narices lo que con mi estupidez me perdí.

—Vamos, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Es que no te gustó?

—Claro que me gustó.

—Entonces, ¿por qué no quieres repetir?

—Yo no digo que no quiera repetir.

—Bueno, pues vamos.

—Digo que ahora no.

—¿Cuándo?

—No sé.

—Di un día. Una hora.

—No lo sé. No me atosigues.

No puedo pensar en otra cosa. Cuando hablo con ella, no puedo

levantar la vista de su escote. Si lleva blusa, tengo que hacer esfuerzos desesperados para no abrírsela de un tirón, haciendo saltar botones y desgarrando los ojales, para no descubrir sus tetas y comérmelas a bocados.

—¿Cómo va todo? ¿Bien?

—Bien.

—He visto que ya dominas el texto.

—¿Crees que lo voy haciendo bien?

—Muy bien.

—Eso me parecía, porque ya no me gritas.

—¿Continúa sin gustarte la obra?

—Me parece una carcamalada.

—Dios mío.

No sé lo que entenderá ella por carcamalada, pero en los últimos días, desde el patio de butacas, tengo la sensación de que la obra se hunde estrepitosamente. Nora es una histérica, caprichosa y estúpida, demasiado convincente al principio, cuando era capaz de hacer cualquier cosa por su marido, y demasiado alborotada al final, cuando por una nadería es capaz de echar toda su vida por la borda. Yo mismo ya no entiendo la obra. Me parece pasada de moda, elemental, mil veces superada por mil obras mejores escritas después, tal vez por autores que aprendieron de Ibsen, y que se lo deben todo a Ibsen pero que, ya sea por una cuestión de talento o de cronología, o porque sencillamente Ibsen había escrito lo que escribió, han tenido la oportunidad de tratar el mismo tema con mayor valentía, complejidad y profundidad. Me siento arbitrario e ignorante, he comenzado a introducir cambios estrafalarios en el montaje.

Yo apoyado en el quicio de la puerta de su camerino y ella peinándose. Figura que he venido a comentarle algo de su interpretación. Cualquier nadería. Si fuera sincero, ya habría prescindido de ella hace tiempo. Ella ni me escucha. Por fin, después de marcar una pausa, después de admirar su figura en el espejo, sus tetas libres bajo la camiseta, sus labios abultados, su mirada indiferente, me atrevo a soltar:

—Los clásicos son inmutables, eternos y sublimes porque hablan de sentimientos eternos, inmutables y sublimes.

—¿Ah, sí? —responde ella sin interés, con sonrisa socarrona y triunfal.

—Puede cambiar la sociedad, la moda, las personas, la época —declaro con aplomo—, pero los sentimientos siempre son los mismos. El amor, el odio, el miedo, los celos…

—Quizá —me corta, impaciente (y ahora sé que me he puesto a prueba, que he sido muy atrevido, que me he arriesgado demasiado)—. Yo no estoy tan segura. En todo caso, esos mismos sentimientos se viven de manera diferente. ¿Tú crees que tiene idénticos sentimientos un homosexual de hoy en día que uno de hace cincuenta años, cien años, que uno de la antigua Roma? Es imposible. ¿Crees que se enamora exactamente igual una jovencita de veinte tacos de nuestros días que una de hace doscientos años? ¿Te enamoras tú igual que un tratante de esclavos del siglo XVIII? —¿Por qué me compara con un tratante de esclavos?—. ¿Crees que el miedo que puedas sentir tú es parecido al miedo de un campesino medieval que vivía entre la guerra y la peste? Es absurdo. ¿Crees de verdad que tu mundo y el mundo de Shakespeare tienen algo que ver? Todo cambia. Continuamente. No hay nada inmutable y eterno. A los clásicos, como a Dios, nos los inventamos y los tenemos de referencia para mitigar el miedo a la nada, al vacío, a la muerte. Son los dioses de los ateos, los santitos de los santurrones modernos. Hablamos de amor, odio, celos, miedo, veneración, admiración, para entendernos… —pienso que la quiero y la odio y tengo celos de ella y la temo, y la venero y la admiro, me fascina todo lo que pueda decirme, me tiene poseído—, pero no existe un concepto preciso y único para cada sentimiento. Cada cual ama como quiere y como puede, y odia como no le queda más remedio, y se horroriza como le sale, y se compadece de lo que no puede evitar que le apene. Tú amas a tu manera y yo amo a la mía. Tú llamas amor a una cosa y yo a otra, probablemente muy distinta. Ponemos nombres a los sentimientos para hacernos la ilusión de que los controlamos y de que todos somos iguales, y de que nos quieren del mismo modo que nosotros queremos, pero eso no es verdad. ¿Te quiero? ¿Qué significa te quiero?

¿Se está vengando por lo que yo le dije? Qué ridículo estuve con aquella frase sin sentido. Le pedí que no se enamorara de mí y ella

me está demostrando que ni siquiera sé lo que significa la palabra enamorarse.

Insisto. No puedo evitarlo. Tembloroso, insisto:

—Oye: ¿podemos hablar un rato a solas?

—Claro.

—No. Aquí, no.

—¿Dónde?

—¿Qué te parece el hotel del otro día?

Sonrisa enigmática.

—¿De qué hablaríamos?

—No hablaríamos.

—Está bien. Me lo pensaré.

—¿Y cuándo me dirás que sí?

—No sé. Ya veremos.

—Vamos, no juegues conmigo.

—Si no juego.

—Tengo muchas ganas de ti. Vamos. Dame otra oportunidad.

—¿Y tu mujer?

—Me divorcio de ella.

—No digas tonterías. Qué cosas tienes.

Tengo ganas de gritarle: «Oye, hija de puta, que de mí no se ríe nadie», que es mi manera de decir: «Por favor, no me dejes, dame otra oportunidad», pero no lo hago. Y la veo alejarse de mí, del brazo de su mulato zumbón y hermafrodita, meneando el culo los dos, dedicándome el meneo a sabiendas de que me pone cachondo su desdén.

11

Estoy soltando demasiados disparates en público. Le sugerí a Nora que cambiáramos su texto y su actuación al principio. Lo arreglaríamos de forma que contara que, para salvar a su marido de la enfermedad mortal que lo aquejaba, entró a trabajar en un burdel donde se sometía a las vilezas más terribles. Sugerí que explicara con detalle cómo los hombres hacían sus necesidades sobre ella, cómo la obligaban a aparearse con animales para excitarse y masturbarse ante ella y terminar eyaculando en su boca. («Derrámate en mi boca»). La actriz que hacía de Nora no sabía si yo hablaba en broma o si me había vuelto loco de atar. Me organizó un escándalo y me envió al cuerno y dijo que, si mis sugerencias llegaban a oídos de algún crítico, podía considerarme hundido para siempre. Supongo que ha contado mis desvaríos a toda la compañía porque, desde ese momento, me ha parecido observar que todos me miran con aprensión, que se someten a mis órdenes con mal disimulada reticencia, que ya no hacen preguntas ni aportan ideas. Como si creyeran que la obra va a ser un fracaso y aceptaran colaborar en ella sólo por ganar dinero, dispuestos a pasar el mal trago cuanto antes, y seguros de que la crítica me atribuirá a mí, y sólo a mí, toda la responsabilidad. Supongo que ya van diciendo por ahí que no lo ven claro, que no saben lo que me pasa, y cosas por el estilo.

Es desesperante.

—No sé si te das cuenta de que yo, aquí, tengo la autoridad. ¡Tengo un poder! ¡Si a mí me da la gana, te vas a la calle! ¿Me oyes? Yo encuentro una señora Linde como tú, o mejor, en menos de veinticuatro horas. Y además me la chupará cuando yo se lo

pida. Eres consciente de eso, ¿no? ¡Di! ¿Eres consciente o no?

—Claro que soy consciente de eso.

Me telefonea a casa, esta misma noche. Me pilla por sorpresa, cocinando, sumido en un silencio morboso frente a una Laura que no sabe qué decir ni dónde mirar.

—¿Diga? Ah, eres tú…

—Eso de que te ibas a buscar otra señora Linde, ¿iba en serio?

—¡Claro que no!

—¿Estoy despedida de la compañía?

—No, mujer. Era una forma de hablar.

—Era una forma de hablar mal, en todo caso.

—Sólo trataba de convencerte para que me concedieras unos minutos a solas. En el hotel de tres estrellas. Prometiste que me dirías cuándo y todavía no te he oído.

—De momento, dejemos las cosas claras. ¿Sigo siendo yo tu señora Linde o no?

—Sí, sí. Ya te digo que sí.

—Entonces, tendremos ocasión de vernos en el teatro. Ya hablaremos.

—Espera, espera.

Cuelga.

Sobre una cama de hierro, desnuda y abierta a mis caprichos, atadas las muñecas y los tobillos a los barrotes. Me vengo de sus evasivas con un falo gigantesco que le desgarra la piel para poder entrar en ella. Y ella llora y chilla, gimotea sin placer mientras yo le reviento los pezones quemándolos con brasas de cigarrillos, o le deformo sus tetas sublimes con la ayuda de unas tenazas. Luego me masturbo sobre su boca, sobre sus ojos. Invito a una pandilla de gamberros para que se masturben todos a la vez sobre aquel rostro vulgar y tosco, cada vez más hermoso. Una gran jeringa metálica, como las que usaba la Inquisición en sus interrogatorios de brujas, cargada de agua hirviendo. «Ahora aprenderás, hija de puta».

Se me acerca el mulato, muy decidido. Yo hago como que no lo veo. Me dispongo a pasar de largo, pero me agarra de la manga. Tiene mucha fuerza. Sus dedos se me clavan en el bíceps.

—¿Qué quieres? —le suelto, un poco agresivo.

Sonríe.

—Deja en paz a la chica, ¿vale? —No deja de sonreír—. Búscate otra, o pórtate como la gente, ¿vale?

—¿Pero a qué viene esto? ¿Qué hago yo?

—Nada. No haces nada. No has hecho nada, ni volverás a hacer nada —como una maldición—. ¿De acuerdo?

Cinco *skinheads* locos y asesinos, ansiosos de ver su sangre brillante. Los invito a una fiesta. Y, de postre, señora Linde encadenada. «Es toda vuestra, muchachos, desahogaos, quiero ver cómo os la folláis todos a la vez. Por delante, por detrás, por la boca. Y a ver si encontráis más agujeros donde metérsela. Vamos. Todos a la vez. Habrá un premio para el más imaginativo».

¿Por qué tuvo que compararme con un tratante de esclavos?

En el escenario se hunde la obra en cuanto ella avanza en dirección a Nora y dice: «Buenos días, Nora. Por lo visto, no me reconoces».

En el patio de butacas, me hundo yo, con la mano en el bolsillo, toqueteándome disimuladamente, ajeno a todo lo que no sea mi sexo.

12

La Doncella rubia tiene quince réplicas en toda la obra, ocho de las cuales son «Bien, señorita», «Señorita», «Sí, sí, perfectamente», «La señorita está servida», «Bien, señorita», «Sí, señor», «¿Dónde pongo esto?» y «¿Necesita usted algo más?». La máxima oportunidad de lucimiento que se le ofrece son un par de titubeos en su frase más larga: «Sí, señorita, con el señor director… Pero como el señor doctor está ahí dentro… no sabía si…». Horas y horas ensayando ante el espejo para dar la dimensión adecuada a tantos puntos suspensivos. Años de estudios de arte dramático deben resumirse en esas quince frases. A ver si su próximo papel es más lucido. Vamos a darle una oportunidad a la muchacha.

—¿Has comido ya?

—Sí.

—¿Te vienes a tomar un café al bar de al lado? —Me mira como si llevara meses esperando esa proposición—. Quiero hablar un rato contigo.

—Claro. —Sonríe. Da por supuesto que hablo con segundas.

En el bar, pido café y whisky. Ella no quiere tomar nada, gracias, o mejor, sí, licor de manzana, gracias, bien frío. Tiene unos pechos enormes que intenta disimular con una camisa holgada, a cuadros, arremangada por debajo de los codos, al estilo camionero. También los pantalones vaqueros le van anchos. Me mira con descaro, con la misma intensidad con que me observaba de soslayo, en los ensayos, cuando se creía que yo no la veía. Actitud de actriz que cifra en una entrevista a solas con el director la suprema posibilidad de lucirse y hacer méritos. Tratando de mostrarse auténtica y natural, interpretará con demasiado énfasis la faceta que

quiere vender de sí misma. Ya me lo sé.

Rompo el fuego, sin aliento, con el corazón en un puño:

—¿Qué te parece la obra?

No desvía la vista. Hace una mueca. Dice: «Es un clásico», y calla, como si esperase una andanada de más preguntas a las que responder telegráficamente, o como si supiera de sobras que no estamos allí para hablar de la obra.

—Dices que es un clásico como si eso fuera un defecto.

«Así que insistes». Aparta, pues, la vista. Asiente, indulgente con mi reticencia a los ataques frontales, y bebe un poco de licor de manzana. Continúa sonriendo, dando a entender que no me va a gustar lo que tiene que decirme.

—Mira: no me gustan los clásicos porque no se puede ser crítico con ellos. Si te dan cualquier libro recién publicado, tienes absoluta libertad para opinar que es un bodrio, o puedes decir simplemente que no te gusta. Y no pasa nada. A veces incluso conviene decir que no te gusta, para quedar bien, aunque te haya gustado, eso te hace parecer más inteligente. Cuando te dan a leer un clásico, en cambio, tiene que gustarte por fuerza. No puedes leerte el *Ulises* de Joyce y decir que es una mierda. No puedes decirlo ni en broma, ni aunque te parezca de verdad una mierda. O sea que, para mí, los clásicos, cuanto más lejos mejor. Prefiero defender mi derecho a la crítica, a la opinión personal.

Me siento desconcertado.

—Vaya —farfullo—. Últimamente, todo el mundo torpedea mis convicciones culturales.

—Es que hemos estudiado en la misma escuela de arte dramático —dice, absorta en la contemplación del licor de manzana.

Y me dirige un reojo intencionado. Yo debería preguntar: «¿Hemos?», a qué viene ese plural, a quién se refiere, con quién ha estudiado en esa escuela, pero no hace falta, los dos sabemos a quién se refiere. Es evidente que ha hablado con mi señora Linde, que ha estado conspirando. «Si te pregunta qué te parece la obra, dile que…». Le ha contado lo que hicimos en el hotel de tres estrellas. El truco del espejo. La mamada en la bañera. Si sabe todo eso, también debe de saber lo que estamos haciendo en el bar,

después de comer y antes del ensayo de la tarde.

Esa ojeada traviesa la hace tremendamente atractiva, y lo sabe, y la explota. La ha practicado mucho, ante el espejo, mientras matizaba los puntos suspensivos. Sus ojos son hermosos, muy grandes y grises. Quizás hasta demasiado grandes. Como su boca, también demasiado grande, demasiados labios, demasiados dientes, tan parecida a la boca de Sarah Miles. Lleva el pelo corto, brillante como el oro, espeso, rizado, pegado al cráneo en un inútil intento por endurecer sus rasgos. Tiene cara de niña. Un poco mofletuda. Un poco porcina, tal vez. Un poco depravada, tal vez. Pecosa, con dos incisivos con los que suele acariciarse el labio inferior, como si reprimiera constantemente palabras u ocurrencias inconvenientes. ¿Por qué no me habré fijado antes en ella?

Reacciono al fin:

—¿Y en la escuela de arte dramático os enseñaban a manteneros lejos de los clásicos?

—El profesor de Historia del Teatro. —Le divierten mis aspavientos de sorpresa—. Era un chico muy tímido y no sabía cómo ganarse la simpatía de sus alumnos. Ese miedo es muy común en los profesores. La mayoría renuncia a esa simpatía ya de entrada, y suelen ponerse autoritarios y desagradables. Pero hay otros que, para seducir al auditorio, dicen lo que les parece que los alumnos quieren oír. Como leer a los clásicos es un coñazo, dicen que los clásicos son un coñazo y que más vale no leerlos. Como aprenderse los papeles es mortal, dicen que no hay que memorizar nada y que sólo es buen actor aquel que improvisa constantemente. Nada de disciplina, nada de ensayos. A todos mis compañeros, aquel pájaro les parecía un tío cojonudo.

—¿Y a ti?

—Yo me acostaba con él.

—Y, a pesar de todo, te convenció de que los clásicos son un coñazo.

—Los clásicos son marcianos. El marido de Nora hace su primera entrada en escena diciendo: «¿Es una alondra la que está gorjeando?», refiriéndose a su esposa.

—Hay que cambiar un poco esa réplica, sí —acepto, azorado.

—Y luego: «¿Es una ardilla la que está enredando?». Ese tío es

un gilipollas.

—Tiene que ser un gilipollas.

—A ver cómo te las compones para que el público no se ría, o patee, o se levante y se largue, después de esas dos réplicas de Helmer.

—Será cosa de la traducción.

—Será que es un clásico. Los clásicos son clásicos porque lo dicen los libros de texto. Desde que se escribieron los clásicos, muchos otros escritores, algunos tanto o más inteligentes que los clásicos, han escrito otras cosas mejores. Han aprendido del clásico y han mejorado al maestro. A eso se le llama evolución. De lo contrario, todavía estaríamos diciendo que la Tierra es plana, porque los clásicos más clásicos decían que la Tierra era plana. Oye, pero ¿de verdad me has traído aquí para hablar de los clásicos?

—¿Para qué te parece que te he traído aquí?

Sonríe de nuevo. De aquella forma.

—Para hablarme de tu próximo montaje. A lo mejor, yo podría tener un papel importante en él.

—No sé ni cuál será mi próximo montaje.

—No seas tonto. Yo eso no tengo por qué saberlo. Háblame de tu próximo montaje. Yo soy una actriz que quiere triunfar y tú eres un director de fama. Se supone que estoy dispuesta a lo que sea con tal de conseguir un papel de protagonista a tus órdenes.

—¿Es así? ¿Lo que sea?

—Le preguntaron a una señora: «Si le diera cien millones de pesetas, ¿usted me la chuparía, señora?». Y ella, ruborizada, dijo: «Pues, la verdad, cien millones de pesetas es mucho dinero, yo creo que por cien millones de pesetas sí que lo haría…». «¿Y por quinientas pesetas?». «¡Por favor, con quién se cree que está hablando!». La respuesta: «Eso ya ha quedado claro antes, señora. Ahora estamos discutiendo el precio». —Se pone seria. Con los labios apretados, se pasa la lengua por los dientes. Suspira y me da la impresión de que, con aquel suspiro, está renunciando a algo—. No. No es así. Estoy dispuesta a hacer lo que sea, pero a cambio de nada.

Le pongo una mano en la nuca. Arquea una ceja y fuerza un gesto cómico. La beso. En seguida abre la boca y me echa los brazos

al cuello. Me acaricia el pelo con manos inquietas mientras su lengua juguetea con la mía, inspecciona mi paladar, se pasea sobre mis dientes como antes se paseaba sobre los suyos. Noto su pecho voluminoso contra el mío y palpo el contraste de su cintura de avispa, los huesos de sus caderas. Escucho su respiración anhelante. Se separa y, con los ojos brillantes, gris acero, y actitud infantil ilusionada, susurra:

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—Vivo cerca de aquí.

Vive en una casa antigua del barrio viejo, de fachada desconchada y balcones llenos de ropa tendida y jaulas de canarios cantarines.

Por el camino, me abraza por la cintura.

—¿Quieres que hablemos de lo que vamos a hacer? Suele dar buen resultado hablar de ello.

—¿Hablar? ¿De lo que vamos a hacer?

—Sí. ¿Tienes alguna perversión especial? ¿Algún capricho?

Quiero reproducir paso por paso la experiencia vivida con mi señora Linde. Esto es un exorcismo. Pienso, pues, en el espejo. Pero no sé si decirlo aún.

—Vamos —me anima con un jovial apretón cariñoso.

—Me gusta que me masturben —confieso, un poco avergonzado. De pronto, han interferido Laura y sus habilidades.

—Bien. —Ni se inmuta—. ¿A mano? ¿Con boca? ¿Con filete?

—¿Con filete?

—Una escalopa de ternera, para ser más exactos. Bien impregnada de huevo. Los que entienden dicen que el resultado es exquisito. Y, después, lo cocinan y le encuentran más sustancia. Pero eso es exclusivamente para gastrónomos.

—No, no. Yo a mano —reconozco mi clasicismo.

—Bueno. Me sé algunos trucos. Desde luego, nada de subir y bajar, ¿verdad? —Hace el gesto obsceno de tocar la zambomba—. Yo soy partidaria del movimiento circular. —Imita el movimiento que hace la muñeca para descorchar una botella de champán rebelde.

Se me está entrecortando la respiración.

—¿Tienes un espejo?

—Claro. De cuerpo entero. ¿Te gusta verte en el espejo?

—No es eso. Quiero verte a ti. Ya verás. —Le he pasado el brazo por encima de los hombros y le acaricio el cuello—. Quiero que antes tengas un orgasmo tú sola. Déjame hacer a mí.

—No sé, no sé —dubitativa—. No sé estar sin hacer nada.

Escalera estrecha y desgastada, pasamanos pegajoso. Puerta pintada de verde y, al otro lado, un espejo de cuerpo entero con el azogue estropeado en algunos puntos, adornado en su marco con ramilletes de flores secas. Es un espejo que adora a su dueña, que está acostumbrado a su imagen y la trata con mimo. Me parece apetecible, tan rubia, piel morena, ojos grises, sonrisa brillante y exultante. Me resulta tentadora, ella delante, yo detrás, la imagino desnuda, grandes tetas, sus piernas abiertas en un ángulo de ciento ochenta grados, mostrando la cara oculta de los muslos y la abertura golosa, rodeada de vello hirsuto, negro y excesivo, donde se atrafagará mi miembro henchido. Le pongo las manos en las caderas y la beso en el cuello.

—¿Este espejo servirá? —pregunta.

—Será estupendo.

—Tráelo, pues.

No se desprende de mis manos, o digamos que sabe desprenderse sin que parezca un rechazo o un alejamiento. Avanza por un pasillo decorado con reproducciones, debidamente enmarcadas, de carteles anunciadores de distintos espectáculos producidos por Diaguilev a principios de siglo. *El pájaro de fuego* y *Petrushka*, de Stravinski, *Dafnis y Cloe*, de Ravel, *Juegos*, de Debussy, todos ellos pintados por el gran Léon Bakst. Y, en lugar preferente, el cartel de *El sombrero de tres picos*, de Falla, pintado por Picasso.

Descuelgo el espejo y cargo con él, con mucho cuidado, a lo largo del pasillo largo y estrecho, con dos puertas cerradas (cocina y cuarto de baño, supongo), que desemboca en una gran sala conseguida a base de tirar tabiques. Una especie de comedor–dormitorio al nivel del suelo. Mesa enana, cojines en abundancia, televisor y equipo de música sobre cajas de fruta pintadas de colores vivos, y un colchón enorme cubierto por una tela con motivos de Mariscal.

Mientras busco el lugar idóneo para el espejo y lo coloco allí, junto a la cama, apoyado en un sillón de mimbre, le pregunto si vive con alguien. Me parece increíble que esté soltera y no se la vea afectada por una reciente separación.

—Vivo sola. Pero no suelo dormir sola. Tengo muchos amigos.

Entonces, deduzco, se prostituye. No es una buscona callejera, ni trabaja como masajista, pero supongo que ofrece favores sexuales a sus amigos a cambio de que cubran sus necesidades. No sé lo que debe de cobrar por su papel de Doncella, pero desde luego que no basta para vivir.

—¿Cómo te ganas la vida?

—Haciendo esto y aquello, *strip–tease*, baile moderno, modelo, azafata… Lo que salga.

Me apeno. Me despierta cierta repugnancia.

Mientras me respondía con indiferencia, se ha dirigido al equipo de música, se ha agachado y ha puesto un compacto. Espera, en cuclillas, hasta que empieza a sonar un *blues* cadencioso, marcado por un bajo y una batería machacones, cantado por una negra en cuya voz vibran risas de felicidad, y punteado por una guitarra sabia y sensual. Y ella, mi Doncella rubia, se pone en pie y se encara conmigo y mueve las caderas al ritmo pausado de la música mientras procede a desabrocharse la camisa.

—Bueno, adelante —dice—. ¿Qué es eso que me habías prometido?

Su actitud evidencia que vamos a jugar al más divertido y emocionante de los juegos.

Me acerco. Ya se ha desabrochado los botones, saca los faldones fuera de los pantalones y se quita la camisa. Usa sujetadores de la talla más grande que existe. Me fascina la delgadez de su cuerpo, la brevedad de su cintura, la suave curva de sus caderas, disimuladas aún por pantalones excesivamente grandes. Se me van las manos y la boca. Extraigo los pechos de las copas del sostén y los lamo, busco el pezón con afán de bebé hambriento. Lo mordisqueo. Hundo mi rostro entre los dos monstruos y los oprimo contra mis mejillas para perderme en aquel refugio de carne cálida y blanda. Ella me deja hacer, maternal y compasiva, mientras se desabrocha el sujetador. Luego, tambaleándose debido a mis cabezazos

ansiosos, se lanza a quitarme la camisa. Podría pasarme toda una vida ensalivando aquellos pechos infinitos, pero recuerdo mis promesas, y mi propósito de reproducir la escena que me obsesiona, y me remonto en busca de sus labios como si el beso fuera trámite imprescindible que me hubiera saltado inadvertidamente. Siempre se comienza con un beso en los labios, ¿no? Nos comemos las bocas y luchamos cada uno con la hebilla del cinturón del otro, dando fuertes tirones. Nos reímos, labios contra labios, chorreando saliva. Gana ella: vence al botón, y corre la cremallera, y mete la mano en mi secreter. Me resisto, digo: «No, no, no» mientras eludo su contacto, me agacho, consigo bajarle los pantalones y las bragas más allá de las nalgas. Ella tira de mi camisa con la pretensión de quitármela por la cabeza. Tropieza con los pantalones, que le traban las rodillas, y cae sentada sobre la cama, y suelta la carcajada. Yo también me dejo caer en el suelo. Nos desprendemos los dos de tan molestas piezas de ropa, con tanta premura como si hiciéramos una carrera. Ella ya está esplendorosamente desnuda y aprovecha que yo pugno por quitarme la camisa para gatear hasta mí, introducirse entre mis piernas y, al grito de «Ahora verás», apropiarse de mi verga con los labios. Le digo, agónico, suplicante, como niño malcriado reclamando su capricho: «¡No, no, primero yo, tú has de correrte primero!». Ella me mira de soslayo, con ojos brillantes, de abajo arriba, y suelta mi sexo encendido para desafiarme, al tiempo que se pone de costado para ofrecerme el suyo:

—A ver quién llega primero.

Y se pone a la tarea con una maestría que me hace cerrar los ojos, que me debilita todos los músculos. La obedezco en un primer impulso, de cabeza a su entrepierna, y sumerjo la lengua en cavidades deliciosas. Ella es muy ruidosa con la lengua y con los labios y no sé qué demonios está haciendo pero el placer parece clavárseme en la carne, se apodera de mi cuerpo y de mi voluntad como la más traidora de las drogas e impide que me concentre en nada más. Soy incapaz siquiera de realizar una tarea tan sencilla como chupar y lamer. Tengo que abandonar y me dirijo de nuevo a su rostro, mareado, encaramado a cimas desconocidas desde las que sólo queda lanzarse de cabeza al orgasmo. No quiero. No quiero, y agarro su cabeza con las manos y la obligo a desistir, y suelta de

nuevo su chupón predilecto, sonriente, muy satisfecha por la fiebre que evidentemente me está provocando. La abrazo, la inmovilizo, la beso en las mejillas carnosas, en los labios enormes, en los ojos, mientras murmuro:

—Quieta, tranquila, ¿no ves que, si me corro yo primero, te vas a perder el resto de la función?

—¿Tú crees? —se ríe. Pero no se ríe de mí.

—Soy de los que, después, se duermen.

—Te despertaré.

—Déjame a mí, por favor.

—No puedo estarme quieta. —Y es verdad: ahora son sus manos las que juguetean—. Este chisme es una provocación. ¿Por qué no te dedicas tú a lo tuyo, y yo a lo mío, y cada cual que disfrute a su aire?

—Hagamos lo del espejo —propongo.

Se incorpora. Se apoya en un codo y señala a nuestros gemelos, que nos miran desde más allá de la cama. Están desnudos, como nosotros, y trabados en un complicado nudo de carnes. A distancia, me parece más tremenda mi erección y más apetitosas sus tetas blancas y abundantes. En la imagen no siento la fiebre ni la premura, y eso también es de agradecer.

Me entretengo tanto, perdido en la contemplación de los otros, que otra vez es mi Doncella quien se adelanta. Se pone en movimiento y me empuja hacia la cama, hacia el espejo.

—Ven. Antes quiero enseñarte una cosa.

Y, como si adivinara mis pensamientos, se pone de espaldas a mí, se espatarra ante el espejo y, «ven», busca mi mango para introducírselo entre las piernas, como hizo ella, la otra, la señora Linde, aunque no para la sodomía. Y me parece milagroso, o casual, o demasiado vulgar, pienso que todo el mundo lo hace, que debe de ser una moda reciente, hubiese querido sorprenderla como la otra me sorprendió a mí, como yo sorprendí a Laura. Pero esta no hace lo que las otras, no se introduce el miembro ansioso entre los labios ansiosos, sino que lo deja fuera, erecto, y lo aprisiona entre los muslos de manera que, en el espejo, entre el vello rubio veamos asomar como suya la testa congestionada que me pertenece. Y, triunfal, anuncia:

—¿Lo ves? ¡Si tuviéramos esto, las mujeres no os necesitaríamos para nada! ¡Ya me siento realizada! ¿No has oído hablar nunca de la envidia del pene? ¿Del complejo de castración?

Y se ríe. Es una broma, pero yo me la tomo en serio. De pronto, me parece que lo entiendo todo. Evoco el ensimismamiento de la señora Linde, la forma en que se olvidó de mí en su disfrute, y recuerdo el arrebato y los espasmos de Laura, y se me ocurre que, mediante este ritual, las dos se apropian de mi verga, de mi virilidad, se convierten en hermafroditas a mi costa y pueden permitirse el lujo de olvidarse de mí, de relegarme como algo inservible. Qué gozo secreto el suyo, qué traición, qué humillación. Y me saca de mis pensamientos la rubia, mirándome a través del espejo, arreboladas las mejillas, enturbiada la mirada, desleída la sonrisa en mueca canallesca, a cuatro patas y pidiendo:

—Oye, ya que estás ahí detrás, ¿por qué no aprovechas la ocasión?

A cuatro patas, como una perra. Las tetas colgando. El culo esférico ofreciéndose a mi capricho. No, no puede ser. El chisme en mis manos es demasiado grande para tan poco orificio. Y tengo la sensación de que voy a derramarme en seguida, mucho antes de haber podido introducirlo del todo. Sé que estos procesos de penetración no son inmediatos si no se recurre a un lubricante, que se necesita más de un intento, más de una embestida. Pero ahí voy, la tentación es demasiado fuerte, ahí voy. Ella me anima:

—¿Sabes qué se dice en *Las mil y una noches*? Que el *lingam* sin duda ha sido diseñado para el culo…

—¿El *lingam*? —jadeo, mientras embisto, mientras golpeo y atraigo hacia mí las nalgas blancas y redondas.

—¡Eso que me estás metiendo! —me aclara, con un grito, porque yo voy progresando.

—Ya —le digo. Y empujo—. Sí. —Y empujo—. ¿Y qué? —Y ya estoy tan adentro como es posible.

—… Que ha sido diseñado para estar donde está. —Jadeo—. Que, si le correspondiera el *yoni*…

—¿El *yoni*? —Se me van los sentidos. Yo ya voy viajando en violento vaivén por su interior.

—¡El coño!

—Ah.

—Si estuviera —jadea— diseñado —jadea— para el coño… —jadea, gimotea— ¡tendría forma de hacha! —Y acaba con una exclamación impropia, inoportuna, indecente, innecesaria. ¿Para qué?—. ¡Ay, mi amor!

13

Entra la Doncella rubia y dice:

—Señorita: es una señora desconocida.

Responde Nora, la primera actriz, cabeza de reparto:

—Que pase.

—También acaba de llegar el señor doctor —dice mi Doncella rubia, sin saber adonde dirigir la mirada porque el primer actor, cabeza de reparto, hoy no ha venido.

—¿Ha pasado directamente a mi despacho? —lee, indiferente, mi ayudante.

—Sí, señor.

Mi señora Linde, morena y aburrida, da dos pasos al frente y dice:

—Buenos días, Nora.

—Buenos días —le responde la primera actriz.

—Por lo visto, no me reconoces —dice la señora Linde.

Y yo observo a mi Doncella rubia y a mi señora Linde desde el patio de butacas.

14

La Doncella rubia y tetuda está empeñada en hacerme una demostración de su sistema de masturbación manual.

—Tienes que embadurnarte la mano con algo grasiento, o gelatinoso, como aceite, o jabón, o yema de huevo… Pero nunca hay que tratar de imitar un *yoni*. El *yoni* es inimitable. Si te das con jabón es porque te queda la mano más lubricada y mejor que con simple saliva.

—Y también resulta más limpio.

—Concéntrate, que yo te estoy hablando en serio. Una vez has conseguido la erección suficiente…

—¿Esta erección es suficiente?

—No está mal, pero las he visto mejores.

—Hombre, muy amable.

—Entre estas mismas piernas las he visto más grandes, y tú también.

—¿Pues qué podemos hacer?

—Imaginación. Piensa.

—¿Puedo tocar, también?

—Eso es trampa. Piensa. ¿En qué estás pensando? Bueno, no importa, no me lo digas, sigue pensando en ello, que la cosa va bien. Ahora, observa: abrazo con la palma de la mano la cabeza del pequeño y la muevo así, lentamente, sin prisas, como si fuera un tapón de champán que se niega a salir, movimiento de rosca, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, uno, dos, ¿qué tal?

—Sigue, sigue.

Pero no es lo mismo.

No.

No es lo mismo. Cierro los ojos y veo a mi adorada y despiadada señora Linde.

La Doncella me habla de sus gustos personales:

—Lámeme el *bhipin*. Sólo el *bhipin*. Te prohíbo que toques nada más con tu lengua.

—No sé si podré contenerme. Estoy deseando metértela. —Esto pronunciado con dificultad, con la lengua fuera, haciendo puntería para tocar el *bhipin* y nada más.

—Si me la metes, te pondré una penitencia. Sólo el *bhipin*. Así. Así.

—¿Y si te chupo…?

—Limítate a lamer el *bhipin* con la punta de la lengua. Sólo eso. Y, si te aburres, puedes irte haciendo una paja entretanto.

15

En los últimos tiempos, he remodelado la actuación de Nora. Se acabó la histeria, basta de aspavientos y de gritos de reafirmación. Ahora recitará fríamente, septentrionalmente, todo su final. Ha llegado a serias conclusiones que van a cambiar su vida y las expone lisa y llanamente, de manera incontestable. «Tengo que tratar de educarme a mí misma. Tú no eres capaz de ayudarme en esta tarea. Para ello, necesito estar sola. Y por esa razón voy a dejarte». «Después de lo que ha pasado, es inútil que me prohíbas nada. Me llevo todo lo que es mío. De ti no quiero nada, ni ahora ni nunca».

—¿Qué te parece? —le pregunto a mi Doncella rubia, en la intimidad, muy pendiente de su respuesta.

—Brechtiano —suelta.

—¿Brechtiano? —Lo peor que me podrían decir.

—Distanciado, frío, didáctico. ¿Por qué no le pintas a la pobre Nora la cara de blanco, la vistes con una malla negra y le haces recitar el final en posición de firmes y mirando al infinito?

Me gustaría abofetear tanta sinceridad.

16

—¿Qué placer hallamos en tocarnos? ¿En lamernos? ¿Has pensado alguna vez cuál es el placer que obtienes tú de una felación?

—Felación y *felatio* me suenan pedantes.

—Y mamada es una grosería.

—A mí me gusta llamarle *auparishiaka*.

—Llámalo como quieras. ¿Qué placer recibes tú al chupármela? ¿Crees que es el tacto del pene en tu paladar? ¿Sólo eso?

—No es sólo el paladar. Mientras chupo, al mismo tiempo puedo acariciarte los huevos, o meterte un dedo en el culo…

—Muy bien, muchas gracias, muy generosa. Pero, insisto: ¿qué placer obtienes tú con eso?

—¿Y qué placer obtienes tú cuando me comes el coño?

—Eso es lo que estoy preguntando. Hace tiempo que me lo pregunto. ¿Qué placer obtengo, realmente, al tocarte las tetas? ¿Es el placer que deriva directamente del sentido del tacto?

—Es la comunicación. Son las reacciones del otro, lo que buscamos y lo que nos excita. Son sus gemidos, sus convulsiones, su abandono…

—No, no, no. De momento, yo ya tengo mi respuesta. Es el placer de rebajarse, de degradarse al servicio de otra persona…

—Yo diría que es algo puramente generoso. Es el placer de causar placer.

—No, no, no. Es el placer de vivir la humillación.

—Siempre estás pensando en términos de poder o de dominio, de víctimas y verdugos —protesta la Doncella rubia.

17

Borracho, acodado en la barra del bar, insatisfecho, amargado, le digo a mi vaso que Chejov era un pelmazo y que Shakespeare está apolillado y que Cervantes y Lope de Vega son insoportables. Y me río. Me río feliz como se ríen los niños cuando juegan a decir palabrotas. «Puta, cojones, cabrón, Moliere es una mierda pinchada en un palo», y jajajá.

Hablamos de genios como los católicos hablan de santos, es cierto, y de obras de arte como ellos de milagros, y de la Posteridad como ellos del Paraíso, y de la Mediocridad como ellos del Infierno. Es cierto. Pero, sin todo eso, ¿qué sentido tiene mi vida? Mi sufrimiento al crear, mi ansia de perfección. Sin genios, sin obras maestras y sin posteridad, toda mi vida pierde sentido, se vuelve ridícula, vana. Un picapedrero es más evidentemente útil que yo. Tengo que asegurarme de que lo que hago es sublime y tiene mucho mérito (o tengo que contar con críticos cómplices que lo afirmen) para que no descubran mi parasitismo. En realidad, sólo me dedico a decir cómo tiene que moverse una serie de personas que se dedican a recitar lo que otro ha escrito. Y todo para que una multitud de fieles más o menos fanáticos, más o menos embobados por el fantasma de la cultura, compren, con sus aplausos, la sensación de ser sabios, poderosos y cultos.

Total, nada.

¿Cuántos de nosotros nos planteamos el principio básico e irrenunciable del placer?

¿Es para mí un placer este montaje estúpido y engreído con el que pretendo engañar a tanta y tanta gente? ¿Será un placer para los espectadores ver lo que ya se saben de memoria, escuchar un

mensaje que quizás era nuevo cuando Ibsen lo escribió en 1879?

—Eh, tú, ponme otro whisky, ¿quieres?

En un instante de lucidez, me defiendo pensando que fue la envidia lo que hizo que mi señora Linde hablara de aquella forma. La envidia de mi bagaje cultural desde su profunda ignorancia. Y, por un momento, eso me devuelve el regocijo y la animación. Pero inmediatamente me la imagino replicándome: «¡Claro que es envidia, gilipollas! ¿Y qué? ¿Eso vuelve falso todo lo que te he dicho?», con su tono inmensamente frío e indiferente, y se desmorona de nuevo mi castillo de naipes. Hundido. Vacío. Inerme. Envidia, ¿qué cojones significa envidia? ¿Y qué si me tiene envidia? Da igual lo que ella sienta. En mi desmoronamiento, no se trata de ella, ella no es nadie, no existe, una actriz nefasta, un polvo rápido, una mamada en una bañera, ella es lo de menos. Aquí, sólo se trata de mí. De mi gilipollez, de mi envidia. De la mía y sólo de la mía. ¿A quién coño le interesa la envidia de la señora Linde?

18

—Necesito una muchacha sumisa para desahogarme. Una putita desobediente que necesite un correctivo.

—Tenemos lo que busca, señor.

—¿Cuánto me va a costar?

—Diez mil si la humillación sólo es erótica…

—¿Sólo erótica?

—Ya sabe… Lluvia dorada… Ya sabe. Si quiere algo físico, serán de veinte mil para arriba, depende de lo que desee.

—Digamos que pagaré cien mil. ¿Hasta qué punto podré desahogarme con ella?

—Podríamos hablar de qué es lo que más le gusta.

—¿Azotes?

—Claro que sí. Con las manos y con correa. Hasta dejar marca.

—¿Quemaduras de cigarrillos?

—Sí, señor. Eso le entraría en el precio.

—¿Pinchazos con agujas?

—No. Eso ya no, señor. Es peligroso.

—¿Por cien mil pesetas no puedo pinchar con agujas?

No tengo la menor intención de pinchar a nadie con nada. Nunca he pinchado a nadie con nada, ni sabría cómo hacerlo ni por dónde empezar.

La muchacha es muy delgada y bajita, pálida, de aspecto enfermizo, muy poca cosa. Lleva un vestido verde con patitos estampados, algo muy discreto, propio de adolescente de clase media y familia formal. Anda descalza. Mira al suelo, muy sumisa, como me prometieron, los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Me pregunto cómo respondería a un repentino bofetón. A un puñetazo.

¿Lloraría? No me dijeron si están permitidos los puñetazos. No me atreví a preguntarlo.

—No me haga mucho daño —musita.

—¿Cómo?

—Que no me haga mucho daño. Por favor. —Le tiembla la voz —. Sé que ha pagado mucho dinero, pero no me haga mucho daño, por favor.

¿Está fingiendo? ¿Forma parte esta súplica del numerito de la sumisa? La verdad es que resulta excitante. Casi me vienen ganas de hacerle daño de verdad.

Me acerco a ella, sin decir nada, y doy unos pasos a su alrededor. Cuando estoy a su espalda, miro su reflejo en el espejo. A ella no la veo pierniabierta y penetrada. No pienso darle ese gusto. Cabizbaja, encogida, me hace pensar en una criada que, con su torpeza, termina de romper toda la cristalería de Bohemia y se sabe merecedora de cualquier castigo que le puedan infligir. Tiro de la cremallera hacia abajo y descubro una espalda huesuda, donde destacan las vértebras y los omoplatos. No lleva sujetador. Quiero ordenarle que me mire a los ojos, pero no, prefiero su humildad porque propicia la humillación. No debo permitir que disfrute de ningún placer conmigo. Yo soy el amo, yo soy quien manda aquí. Yo debo disfrutar y ella no.

Le bajo el vestido hasta la cintura. Tiene los pechos llenos y pesados, con forma de pera, como globos a medio llenar que cuelgan de su cuerpo demasiado delgado. Le rodeo el cuerpo con mis brazos, desde atrás, y me apodero de ellos y los estrujo. La muchacha cierra los ojos y levanta el rostro, apoya su cabeza en mi pecho. Parece que le gusta lo que le estoy haciendo. No quiero que le guste. Aprieto más, como cuando se exprime una esponja para sacarle hasta la última gota de agua. Ella frota su nuca contra mí, en un movimiento de negación. Me recuerda a ella, a mi señora Linde, en pleno orgasmo. Me gusta el tacto blando de estos pechos, pero no estoy dispuesto a continuar dándole gusto a la putita, así que la suelto. Sorprendida, abre los ojos un instante, casi en una protesta, ¿qué se ha creído? Le pellizco los pezones (por cierto, extraordinariamente grandes) con los dedos índice y pulgar. Se los retuerzo.

Dice «Ay» como sin querer, quedo, y parpadea de nuevo, y aprieta los ojos con expresión de sufrida mártir, entregándose a mí con una lasitud exasperante.

—Claro que voy a hacerte daño, hija de puta —le gruño al oído.

Tiene un breve estremecimiento, un tic de prevención. Exhibe los dientes apretados unos instantes. Me apetece morderle los pechos, pero me contengo. La suelto.

—Desnúdate —le ordeno.

Se pasa la lengua por los labios resecos. Suspira. Abre los ojos pero evita mirarme. Sigue arrollando el vestido hasta los pies y, al agacharse, experimento un *déjá vu*. La chica agachada, levantando una pierna, luego otra. Los pechos pendulantes, colgando de su cuerpo inclinado. Las bragas. Primero un pie, luego otro pie.

Erguida de nuevo, desnuda, traga saliva y me dirige apenas un vistazo a través del espejo. Parpadea con frecuencia. Me digo que es muy buena actriz. Es una profesional, cobra por esto, no puede ser una virgen inexperta. Pero merece la pena comprobarlo. Pago por ello.

Me pongo a su lado, me pego a ella. Le pongo una mano en el pubis, sobre una cabellera más que abundante que también me recuerda a mi señora Linde. Le introduzco el dedo medio. Cierra los ojos. No quiero que le guste. Me mojo el dedo. Una gota me corre por el dorso de la mano. Le meto dos dedos.

—Claro que te voy a hacer daño, perra —repito—. Te voy a rajar desde el coño hasta el cuello. Te voy a meter por ahí la pata de una silla.

Mis movimientos, en su interior, son groseros, mecánicos, de reconocimiento médico. Pero la única que puede obtener alguna satisfacción con esto es la muchacha, si se toma el debido interés. Me alejo de ella, frustrado y nervioso. Torpe, indeciso, incapaz. Menos excitado que nunca, y más iracundo de lo conveniente. Tengo la mano empapada en sus jugos. Pegajosa. Le está gustando. Imagino que se está mojando patas abajo. Le pongo la mano en los labios, para que me limpie los dedos. Y me lame, me los chupa con deleite. Estoy deseando agacharme y arrimar mi boca a su manantial, enviar a mi lengua a que investigue su gruta, pero me parecen una postura y una actitud ultrajantes para mí, y se supone

que he venido aquí huyendo de la afrenta y de la vergüenza. Me está lamiendo los dedos y me gusta que lo haga. Me gustaría chuparle esos pezones tan largos, comerme esos pechos colgantes, pero sería una situación demasiado abyecta, yo dándole placer y ella retorciéndose, sonriendo y ronroneando. Si aflojase un poco, ella me devoraría.

Además, mi cuerpo no está respondiendo a la excitación que quiere transmitirle mi espíritu.

Así que me desnudo. Me gustaría tener una bañera. Yo metido en una bañera de agua caliente. Y ella aproximándose, jugueteando con mi flaccidez hasta hacerla desaparecer. La tomo de la mano y la arrastro hacia un sillón desvencijado. Me siento en él y, sin más preámbulos, le paso la mano por entre las piernas. Me embadurno de nuevo. Con la yema del pulgar le busco el clítoris, lo presiono. Introduzco finalmente el pulgar en su vagina, y el dedo medio en su otro orificio. Y aprieto con intención de hacerle daño. Le hago daño, le flaquean las piernas.

—Bésame.

Hace un esfuerzo por obedecerme. Está crispada. Le muerdo el labio inferior. Abre los ojos y quiere chillar, sorprendida y dolorida, pero mi beso la amordaza. Con mis ojos abiertos, puedo ver los suyos cerrados, su expresión sufriente y resignada, de estar ganándose el cielo. Con la mano libre, le pellizco un pezón y se lo retuerzo, y ella se retuerce entre mis brazos, y va cobrando vida mi virilidad. Me apetecería tumbarla en el suelo, penetrarla brutalmente. Pero no quiero que disfrute, no tengo la menor intención de proporcionarle un orgasmo. La agarro del pelo y la obligo a ponerse de rodillas ante mí.

—Chupa —le ordeno.

Abre la boca. Mi Doncella rubia diría que ha visto mejores erecciones entre estas piernas. Con la punta de la lengua, lame la porción de glande que asoma, buscándole cosquillas, animándolo a salir más de su escondite. El animal reacciona lentamente. La muchacha se pasa la lengua por los labios, para lubricarlos, en un gesto inconsciente de glotonería.

Le doy otro tirón de pelo. La obligo a mirarme a los ojos.

—No te enamores de mí —le ordeno—. Ni se te ocurra. Tengo

esposa. Y dos hijos. Tengo la vida montada, y bien montada, y no tengo ganas de que una putilla como tú me la estropee. ¿Entendido?

19

El actor que interpretó a Jimmy Porter en mi versión de la obra de Osborne ya ha vivido los minutos de gloria que le correspondían. La fama tardó en llegar, pero llegó, y el actor se la fumó en un santiamén y, con ojos melancólicos y ausentes, vio cómo se alejaban los buenos días y ahora ya nadie sabe a qué se dedica.

En el momento álgido de su éxito, estuvo trabajando simultáneamente en una serie de televisión, mi *Mirando hacia atrás* y el rodaje de una película con un director de primera fila. Y, en sus ratos libres, organizaba multitudinarias orgías en una casa con jardín que tenía alquilada en el barrio de los ricos. Putas, cocaína, marihuana, alguna menor más o menos engañada, y mi mujer. Diez o doce tíos y tías, a la voz de «ya» todos en pelotas, o Tatan Nené hacía un *strip–tease*, o se rifaba una polla para ver quién la chupaba… Se decía que Jimmy Porter se aburría si había menos de diez personas en su habitación mientras follaba.

Quedó mal con todo el mundo: lo mataron en la serie de televisión, por su culpa nos retiraron de cartel una semana antes de lo previsto y la película ni siquiera se llegó a estrenar. Borraron su nombre de todas las agendas y ahora se le conoce por el último papel importante que interpretó: «Sí, hombre, aquel que hacía de Jimmy Porter en el último montaje de…».

Le he pedido que venga a verme después de comer, a la terraza de un bar próximo al teatro. Ha respondido: «¡Hombre, con mucho gusto!». Seguramente piensa que quiero contratarlo para mi próximo proyecto.

Tomaremos sendos cafés y Ballantines con hielo. No abordaré el tema hasta que nos lo hayan servido y el camarero esté bien lejos.

Entretanto, le comento que estoy preparando una cosa nueva, la adaptación al teatro de *Reservoir Dogs*, la película de Tarantino. No le digo que cuento con él para el reparto, pero permito que lo sobreentienda. Le brillan los ojos. Si fuera un perro, sacaría la lengua, jadearía y pegaría saltitos a mi alrededor.

Nos sirven. Y, cuando lo veo más desprevenido, ataco:

—Por cierto… Me han dicho que, cuando hacíamos *Mirando hacia atrás*, te tiraste a mi mujer.

—¡Ja, ja! —dice, azorado, al tiempo que se ruboriza violentamente—. ¡Qué cosas tienes!

—Bueno, ¿qué me dices?

Jimmy Porter mira a un lado y a otro, desasosegado. Tiene los ojos rojos, va despeinado y mal afeitado y hace tiempo que no se cambia de ropa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Laura.

—Qué jodida. —No se atreve a mirarme—. Qué hija de puta. Qué cojones. Qué huevos.

Le acabo de dar un disgusto descomunal.

—¿Me dijo la verdad o no?

—O sea, que no te fías de ella.

—¿Me dijo la verdad o no?

—¿Pero no ves que yo no puedo contestarte a eso, hombre? ¿No te das cuenta?

—¿Por qué?

—Porque, si te digo que sí, nunca me vas a dar ese papel en *Reservoir Dogs*. Y, si de todas formas no piensas darme ese papel, no tengo por qué contestarte.

Cabecea, impaciente por verse fuera del atolladero.

—He venido a pedirte un favor. Pero está en función de lo que me contestes.

Cabecea y cabecea.

—Oye… —Se acoda en la mesa—. Yo montaba fiestecitas con amigos y amigas, ya lo sabes, estuviste en más de una, ¿no? Bueno, pues creo que sí, que Laura vino a alguna sin ti. Estaba por allí, ¿sabes? No recuerdo si me lo monté con ella o no, pero es muy probable. Lo hacíamos todos con todos.

—Le diste por el culo —dije—. La agarraste por el pescuezo, le hincaste la cabeza en la almohada y le diste por el culo delante de todos. Entretanto, ese amigo tuyo de las melenas, el grandote, se hizo una paja y se corrió en la boca de Laura. ¿Te acuerdas?

Bebe whisky. Mucho whisky. Apura el vaso y apuraría cinco más si los tuviera sobre la mesa. Y, vencido ya, recurre a la insolencia.

—Sí, me acuerdo. —Dispuesto a liarse a puñetazos si la ocasión lo requiere. No dice: «¿Y qué pasa?», pero lo piensa.

—¿Te gustaría repetir? —pregunto.

Me mira con recelo. Toma mi vaso y apura mi whisky. Mira en derredor. Todo el repertorio de su desasosiego. Se ruboriza. Se frota las manos, se frota la cara. No sabe qué responder. Pienso que debe de hacer meses que no echa un polvazo como es debido.

20

—Laura…

Se lo propongo primero a Laura, porque me digo que esta es mi venganza contra ella. Debo castigarla por apropiación indebida de mi pene en el espejo. No me hago mucho caso. Me río de mí mismo. Hace tiempo que no carburo como es debido. Mi argumentación no se sostiene por ninguna parte: no fue Laura quien se apropió de mi virilidad en el espejo. Laura se limitó a hacer lo que yo le pedía. Después gozó, sí. ¿O no gozó? No sé, no me acuerdo, me confundo. Fue la otra, ella, mi señora Linde, quien se inventó lo del espejo donde yo no me reflejaba. Pero da igual. Estoy ofuscado. En mi razonamiento no interviene para nada el concepto de suicidio ni de auto–destrucción. Eso demuestra lo ofuscado que estoy.

—Laura… —He estado pensando detenidamente lo que debía decirle—. Me parece que sería una estupidez que nos separásemos. Lo único que se interpone entre nosotros, en todo caso, son algunas fantasías sexuales, algunas travesuras extramaritales. Pero eso existe desde mucho antes de que nos casáramos, las hemos estado tolerando durante años y años para que ahora les demos tanta importancia. No seamos hipócritas: yo sabía que tú tenías líos por ahí, y tú sabías que yo los tenía por mi lado. Y qué. El otro día, con toda aquella salsa verde de las gambas… Y el otro, con el espejo… —Nos reímos. Ella está visiblemente emocionada. Al borde de las lágrimas. No quiere separarse de mí. Cree que la necesito, que sin ella navegaré sin rumbo y zozobraré. Me permito cogerle una mano —… Esas cosas las aprendí fuera de casa, pero las disfruté contigo. Las disfruté más contigo que en ninguna otra parte. Aprendemos fuera y nos ejercitamos aquí. No es mala idea. Incluso, a veces,

pienso que nuestras aventuras por ahí nos han ayudado a permanecer juntos y felices todos estos años, sí, relativamente felices, razonablemente felices.

—Bueno, suéltalo. —Se le escapa la sonrisa, la domina la euforia.

—Qué.

—Que lo sueltes. Lo que quieres pedirme.

—Sí, quería pedirte algo. Una pequeña perversión. Un experimento. Podría ser excitante. Todavía no lo hemos hecho nunca…

—¿El qué?

—Tú y otra mujer. Y yo miro. E intervengo. Os excitáis mutuamente…

Recupera la seriedad. Frunce el ceño tratando de conservar el buen humor. Desvía la vista.

—¿Lo has hecho ya alguna vez? —pregunto, cauteloso, después de una pausa.

—Y, luego, tú y un hombre —replica con esa mala leche irreprimible que la caracteriza incluso en los mejores momentos—. Os excitáis mutuamente. Y yo miro.

—No. Eso ni hablar.

—Ah. Yo sí y tú no.

—Yo no podría.

—¿Y por qué piensas que yo sí podría?

—Bueno, yo te estoy pidiendo un capricho. Sin contrapartidas. Puedes negármelo, si quieres. Pero, vamos, se comprende fácilmente. He visto casos… y tú también habrás visto…

—¿Yo?

—Vamos. En las fiestas de Jimmy Porter había de todo.

—¿Estuviste en alguna?

—Por el amor de Dios, Laura, y tú también. Y no me extrañaría que te hubieras liado con alguna chica. Allí era muy fácil y corriente que las chicas se enrollaran con chicas, era lo normal. Se enroscaban con sus piernas largas, se metían la lengua o el dedo, jugaban con consoladores. Pero los tíos no lo hacían. Si te fijaste, los tíos que había allí se dedicaban a las tías, dos con una, tres con una, pero procurando no tocarse un pelo entre ellos.

—Porque sois unos reprimidos.

—Por lo que sea. Y, en las revistas porno que no sean gays, verás a tías con tías, pero no verás nunca a tíos dándose por el culo. Por lo que sea, pero mariconadas no. Yo, al menos, no estoy dispuesto.

—No conocía tu homofobia. No es normal en tu ambiente.

—No es homofobia y ahora no quiero hablar del tema. O sea, que la condición es esa. Tú te lo montas con otra mujer, pero no me pidas nada a cambio. O sea, que tú verás. Qué me dices.

—¿Con esa morena que hace de señora Linde?

—No. No. Estás equivocada, Laura. Yo no estoy liado con la señora Linde. Permití que lo entendieras así no sé por qué, porque me parecía interesante, excitante, pero no tengo nada que ver con ella. Es con otra.

—¿Con quién?

—No importa con quién. Con una tía buena. Grandes tetas. ¿Qué te parece? Si lo experimentamos todo juntos, permaneceremos juntos.

Laura haría cualquier cosa por que continuáramos juntos.

21

—¿Harías el amor con otra mujer, delante de mí, para excitarme?

—¿Con quién? —pregunta la Doncella rubia. Y eso quiere decir que sí.

—Con una mujer hermosa, muy distinguida. Cubierta de joyas. Mi ex.

—¿Tu ex?

—Sí.

—¿A qué viene eso?

—Me excita.

—Tu ex te excita.

—No: me excita la posibilidad de veros a las dos entrelazando vuestros cuerpos desnudos, dándoos la lengua, metiéndoos mano… ¿Lo harías?

—¿Y ella está de acuerdo?

—¡Claro! Es una viciosa. Le gusta probarlo todo.

—¿Y esto todavía no lo ha probado?

—Todavía no en mi honor. Todavía no contigo.

—Bueno…

—¿De acuerdo?

—¿Por qué no?

22

Si alguien me pregunta qué me parece mi propio montaje y me pide una respuesta sincera, tendré que decirle que es una memez, que no tiene ningún sentido, que parece dirigido por un imbécil, que los actores vagan por el escenario pendientes de que los ilumine la Virgen de Lourdes, que hemos profanado a un clásico de manera imperdonable.

Afortunadamente, nadie me lo pregunta.

Han asistido al ensayo el gerente del teatro, el jefe de producción, el presidente del Patronato, un crítico de renombre y un representante del Ayuntamiento.

El representante del Ayuntamiento se ha ido antes de terminar el ensayo.

El presidente del Patronato ha comentado, a la salida, con sonrisa ambigua:

—Está muy bien, está muy bien. No sabría cómo definir este montaje. Mezcla de teatro clásico y de experimentación onírica. A esa actriz, a la que hace de Nora, ¿cómo se llama?, nunca la había visto actuar de una forma tan…, tan… inexpresiva e impresionista a la vez. Me atrevería a decir que es una innovación inexpresivista, ¿no le parece?

Reclamaba la opinión del crítico de renombre. El crítico de renombre ha dicho:

—Es arriesgado, sí. —Y nada más. Eso quiere decir que, en cuanto se siente ante su máquina de escribir, está dispuesto a hacerme pedazos.

—No te preocupes —me ha dicho el jefe de producción—. En las dos semanas que quedan, vamos a intensificar los ensayos. —

Porque no se puede aplazar el estreno, claro—. Quizás aún tengamos tiempo de sustituir a la señora Linde.

—¡No! —exclamo con demasiado énfasis—. La señora Linde, no.

Arquea las cejas como diciendo: «Pues tú verás lo que haces». Debe de creer que somos amantes.

Nunca me he sentido tan al borde del fracaso.

23

Nos abre la puerta Laura, alta y delgada, morena de rayos UVA, con los cabellos castaños sueltos, dignísima, cargada de oro y diamantes. Desnuda. Tiene los pechos pequeños y algo caídos, pero el pezón oscuro situado en el hemisferio norte, apuntando al frente, contrarresta un poco la sensación de gravidez. Caderas puntiagudas, vello recortado con primor. Una vez le recortaron el vello del pubis dándole forma de corazón. Piernas largas. Está orgullosa de su cuerpo y le gusta lucirlo. Muy seria, da media vuelta y nos premia con la visión de su espalda, de sus nalgas prietas, de su caminar pausado y seguro aprendido en tantas y tantas pasarelas. Nos precede hacia el salón.

La Doncella rubia me mira con centelleo regocijado. Caminamos detrás de Laura.

He dejado entornada la puerta del piso.

Me temo un contraste violento entre la distinguida estilización de mi esposa, un poco ajada por los años, y la juventud descarada, casi grosera, exuberante y fresca, de mi Doncella rubia.

Llegamos al salón. Minimalista. Mesas de grueso cristal sobre patas niqueladas, metacrilato, halógenos, alfombra de color tostado. Originales de Tàpies, Cuixart y Appel. Litografías dedicadas de Barceló y Arroyo. Y un póster del MOMA, reproducción de Braque, dedicado por el falsificador David Stein, que jura ser el autor del original.

Laura se ha sentado, hierática y muy posiblemente incómoda, en el sillón de piel de búfalo. El color de su piel hace juego con el color de la tapicería. Cruza las piernas.

—¿Queréis tomar algo? —dice, muy seria, dando por supuesto

que no.

Yo digo: «Sí, gracias, whisky, pero no te molestes, ya me lo sirvo yo mismo». Y me levanto, y me dirijo al mueble bar con el solo propósito de observar la escena desde otros puntos de vista. Soy una cámara sobre el *travelling*.

La Doncella rubia sonríe con toda su boca de Sarah Miles.

—Yo me llamo Elena —dice, de pronto. Al oír el nombre, me sobresalto. Luego, recordaré que la Doncella de Ibsen se llama Elena. Nora, al final del segundo acto, la llama así: «Y unas pocas almendras, Elena», dice. «Mejor dicho, muchas. ¡Por una vez!».

—Yo me llamo Laura —responde Laura. Sabe disimular bastante bien su incomodidad. Consigue dar la imagen de la anfitriona amable, a pesar de su desnudez—. Trabajas en la obra, ¿verdad?

—Un pequeño papel.

—Ya crecerá —dice Laura, muy seria.

Elena, la Doncella rubia, me mira. Yo bebo whisky, indiferente. Se prolonga el silencio.

—¿Qué te parece? ¿Me desnudo?

—Claro. A eso hemos venido.

—Ah, no sé. Tú eres el director. —Se dirige a Laura—: ¿Qué te gusta hacer? —Se quita el jersey por la cabeza. Lleva un sujetador blanco. Sus tetas son formidables. Excesivas. Me recuerda a Nana, aquel personaje de Zola, la mantenida que triunfó en París con sus desnudos orgullosos, que fundió con sus caprichos tantas fortunas de tantos nobles y a la cual sus competidoras, envidiosas, llamaban «la ramera gorda». De pronto, su exuberancia me parece una afrenta ante la sobria elegancia de Laura—. ¿Te gusto?

Laura se ahorra una respuesta que Elena tampoco esperaba. Se está desabrochando la falda con total desparpajo, la deja caer al suelo. Lleva bragas blancas, de algodón, sin adornos de ningún tipo. Hoy, posiblemente al poder compararlos con los de Laura, le veo los muslos demasiado gruesos. Dentro de unos años, tendrá problemas de gordura. Se quita las bragas sin perder la compostura, con gracia de bailarina de *strip–tease*. Se acerca a Laura, que continúa inmóvil en el sillón, petrificada. Está pasando el peor momento de su vida. No es verdad que asistiera a las fiestas de Jimmy Porter, no es verdad que haya tenido experiencias lesbianas. Me lo dijo, o

permitió que yo lo entendiera así, sólo por complacerme, para retenerme, porque creía que eso era lo que yo quería oír. Y por el mismo motivo se somete hoy a este ritual vejatorio, para conservarme, para salvar nuestro matrimonio. Más relajada, más elástica, Elena se acuclilla ante ella para mirarla a los ojos poniéndose a su misma altura. Yo admiro sus nalgas lunares, astrales.

—No me has dicho qué te gusta hacer —dice Elena, ya en voz baja, tierna, ignorándome. Laura descruza las piernas. Elena le pone las manos en las rodillas—. Eres hermosa, ¿sabes?

Con la boca, busca la boca de Laura. Se acomoda como puede en el brazo del sillón y, de pronto, ya han caído en un profundo beso y la mano de Elena ya acaricia el sexo de mi esposa. Me acerco, curioso, para ver sus lenguas ansiosas, para observar la crispación de Laura bajo las caricias y regodearme con ello. Elena le mete dos dedos tan profundamente como puede y, conservando el pulgar sobre el clítoris, imprime a su brazo un delicado movimiento de vaivén. Luego, saca los dedos húmedos y con ellos unta los pezones de Laura, para chupetearlos a continuación como si los hubiera aderezado con un líquido dulcísimo. Así consigue que Laura levante las manos de los brazos del sillón y amase los pechos de Elena, aún con cierta torpeza. A Elena le gusta. Y no me gusta que le guste. Elena se arrima mucho más a la otra, se trenzan sus piernas y, de pronto, sus cuerpos son uno solo desperezándose sobre el sillón.

—Quiero más pasión —exijo, en el tono perentorio que suelo emplear en el escenario. Hitchcock dijo que los actores son ganado y me gusta explotar esa teoría de vez en cuando—. Más pasión. Chúpale las tetas, Laura. No estés tan pasiva. Vamos. Apearos de ese sillón. Estaréis más cómodas. Poneos sobre esta mesa…

Me obedecen lentamente, perezosas, como si estuvieran empezando a disfrutar y mis indicaciones fueran interferencias molestas. No quiero que disfruten tanto. No me siento lo bastante excitado todavía y tengo prisa por estarlo. Hago que se acuesten sobre el cristal de la mesa de café. «Está frío». «¡No importa, haz lo que te digo!». Y me echo en el suelo, y las veo en contrapicado, desde debajo de la mesa, las carnes aplastadas contra el cristal. Me regodeo con eso un momento, «Vamos, vamos, métele los dedos.

Mueve el culo, mueve el culo», pero es cierto que en tan pequeña superficie tienen poca movilidad, así que, en seguida, les ordeno que bajen al suelo.

—Ponte de cuatro patas, Elena, con el culo hacia aquí. Así. Y tú, Laura, ven, échate en el suelo, boca arriba. Introdúcete entre sus piernas. Así. Ábrete más de piernas, Elena, que te vea bien, sepárate los labios. Ahora, métele la lengua, bien larga, Laura. Agárrate a su culo para izarte, coño. Y tú bájate un poco más, Elena. Lámela, Laura, lámela. Y tú mueve el culo, Elena, mueve el culo. Métele el dedo en el culo. No, tú no. Bueno, sí, si puedes también, por qué no. Las dos. Vamos, vamos, mueve el culo. ¿Os gusta? Os gusta, ¿verdad?

No tendría que gustarles. Quiero pensar que no les está gustando mucho. Alguien me comparó alguna vez con un tratante de esclavos. Noto a Laura tensa todavía, y a la Doncella rubia se la ve esforzada y voluntariosa, con cierta desesperación en la mirada, expresión de puta inexperta que ya no sabe qué hacer para satisfacer al cliente exigente. Ninguna de las dos ha tenido hasta el momento espasmos muy notables. Suspiran y cierran los ojos para concentrarse en el placer, pero se han quedado en la fase de los susurros y no han llegado todavía a la fase de los gritos. Yo, en cambio, creo llegado el momento de pensar en mí. Mis pantalones ya están suficientemente llenos, de manera que libero mi erección y, sin dejar de impartir instrucciones, «ve a sus pechos, Laura, así, cómetelos, cómetelos, y levanta la rodilla, para que Elena se frote en ella, vamos, frótate, más, más», me acerco a la mano derecha de Laura, «ahora no uses esta mano, que la necesito» y escupo en ella, y la lamo, y no sé si hay algún símbolo en ello, y de rodillas deposito en ella mi cetro para que mi esposa practique sus artes masturbatorias. No le hace falta descapullar porque ya estoy a punto. Su mano húmeda se dedica en exclusiva al glande, lo abarca, lo humedece, lo encierra en el puño cálido y prieto. Inicia el movimiento, presionando en la base del glande, siempre consciente de que el punto más sensible es el frenillo que une la piel móvil y protectora a la cabeza exaltada. Y, mientras se retuerce y ronronea, cada vez más exigente, bajo las caricias de Elena, consigue el milagro de duplicar mi erección, de instalarme una enloquecedora

promesa de placer en el vientre, abriéndome las puertas del cielo. Pero eso no es nada, comparado con las delirantes sensaciones que me procuró Elena, mi Doncella rubia, con su *auparishiaka*. De manera que prescindo en seguida de la mano mojada y experta de mi santa esposa y gateo hasta la boca de Elena para introducir en ella mi *lingam*. Tiembla mi voz mientras continúa dando órdenes para que no paren, para que no paren, «besaos en la boca, en la boca, acuéstate ahora junto a Elena, Laura. Cómetela, cómetela. Poneos así, ahora, sexo contra sexo, abríos de piernas, unid los vértices, así, sexo contra sexo, permitid que vuestros jugos se mezclen, chapoteen», y la boca y la lengua y los dientes y la magia de la Doncella rubia entran en acción y consiguen que me funda, como ya ha sucedido en varias ocasiones, días atrás. El placer se me clava en la carne, se apodera de mi cuerpo y de mi voluntad como la más traidora de las drogas, me envuelve como un torbellino. No sirvo para nada, me mareo, al borde de no sé qué abismos y, al fin, reprimiendo a duras penas una mezcla de sollozo y risa demente, recupero el miembro frenético y descargo mi dicha sobre el rostro atormentado de Laura, y un poquito también sobre las mejillas rotundas de Elena, ensucio imágenes y recuerdos, provoco muecas y risas falsas, y no permito que se detengan:

—¡Continuad, continuad!

Me apoyo, exhausto, en el sillón de piel de búfalo y las contemplo unos minutos, mientras se normaliza mi respiración, con beatífica indiferencia. Enfundo mi armamento. Noto cómo se afanan las dos. Posiblemente, después de ver que yo ya he conseguido lo que quería, persiguen sus orgasmos para terminar cuanto antes con esta situación incómoda. Me levanto. Le paso a Elena el auricular del teléfono:

—Métele esto. Le gustará.

Elena penetra a Laura con el auricular del teléfono y Laura se arquea como si estuviera sufriendo una sacudida eléctrica. Yo salgo del salón. En el vestíbulo están esperando, impacientes, aquel actor que hizo de Jimmy Porter y aquel amigo suyo de las melenas. Sonríen, nerviosos.

—Ahí las tenéis. Excitadas como perras.

—¿Saben que estamos aquí?

—Claro que no. Ese es el juego.

—¿Y querrán…?

—Y, si no quieren, las convencéis. Puede que ofrezcan resistencia. —Sonríen, ilusionados—. La casa es vuestra. Mis mujeres son vuestras.

Salgo dando un portazo. Y, con el ruido del portazo, cae sobre mí la depresión *post–coitum*, que nunca había conocido. O tal vez no sea la depresión del orgasmo sino la depresión del suicidio. Por fin, mi cerebro recupera su funcionamiento correcto y las palabras suicidio y autodestrucción se imponen a cualquier otra. Acabo de romper para siempre con Laura, que es todo mi pasado, y eso me parece una locura. Pero también acabo de romper para siempre con Elena, mi Doncella rubia, que era todo mi futuro, y eso todavía es peor. Acabo de sacrificar todas mis esperanzas en aras de una diosa cruel y estúpida que me tiene poseído. A ella y a sus críticas destructivas he sacrificado también mi obra artística, mi trabajo. Desde que la conocí, mi destino sólo está marcado por la Muerte del Tarot, el cambio brusco, el salto a lo desconocido, la inmersión. La próxima vez que vea a Elena, si es que la veo, me pegará un puntapié en los huevos. Me pregunto por qué he roto también con ella y la respuesta (porque en seguida encuentro respuesta, porque necesito las respuestas, porque ha llegado el día de las respuestas) se me hace obvia.

Era demasiado buena para mí.

Me meto en el primer bar y me tiro de cabeza a un lago de whisky.

Pienso que Ibsen es insoportable, aburridísimo, pasado de moda, un coñazo, un anacronismo, y me río. Me río como un loco, yo solo con mi whisky.

24

Insisto con el dedo en el botón del portero automático hasta que al fin responde su voz:

—¿Quién?

Le digo:

—Ábreme. Soy yo. Por favor. —Y repito—: Por favor.

Me tambaleo. Estoy borracho. Sólo quiero poner mi cabeza sobre sus pechos desnudos y llorar un rato.

Duda. Noto cómo duda, adivino su cara de fastidio. O tal vez su sonrisa malvada, la satisfacción sádica mientras me hace esperar, desesperar. Zumba al fin el cerrojo. Entro.

En el ascensor me digo que no podrá hacerse atrás, que lo difícil era que me permitiera el acceso a su casa a las cuatro de la madrugada pero, una vez allí, una vez arriba, no podrá negarse a mis deseos. Aunque la haya arrancado del mejor de los sueños y esté enfurecida conmigo. Yo ya estoy dentro. Ya empiezo a estar dentro.

Me espera con la puerta abierta, envuelta en un deshilachado albornoz, despeinada, con sonrisa y mirada radiantes. Resplandece con insólita alegría.

Pero tanta exultación no está dedicada a mí. Tengo la sensación de que está mirando, a través de mi cuerpo, algo formidable que queda a mi espalda. Sus ojos vivísimos continúan mirando hacia su interior, reflejando pensamientos secretos que no tiene la menor intención de compartir. Y reconozco esa distanciación brechtiana, pragmática, despiadada, y en ella encuentro el diagnóstico de mi enfermedad. Dios mío, era eso.

Pienso que ha esnifado coca. Pienso que ha estado haciendo el

amor. Que eso que amazacota sus cabellos es sudor de sexo.

—Hombre, qué alegría verte por aquí —dice, en broma, por decir algo, para demostrarme que es feliz.

—Quiero hablar contigo.

—¿Hablar?

Es evidente lo que insinúa. Todo es demasiado evidente.

—Quiero hacer el amor contigo —digo, ronco.

—Estoy acompañada —dice.

No me lo pienso ni un segundo:

—No me importa.

Ella no ha dejado de sonreír. Era la respuesta que me pedía y que esperaba. En cuanto la oye, se abre el albornoz, descubriéndome su oscura desnudez, y dice:

—Pasa.

Cubro la distancia que me separa de ella, aprisiono sus mejillas entre mis manos y la beso en la boca con avidez. Todo está resultando demasiado fácil, pero no importa. Ya es mía. Ya nada me importa. Ella se aparta de mí, avara, casi melindrosa. Me abraza por la cintura y me ofrece la cobertura de su albornoz. Me invita a caminar por un pasillo oscuro, lleno de muebles demasiado grandes, con los que inevitablemente topamos, que huele a polvo en suspensión y a rincones sucios. Llegamos a un dormitorio sin ventanas, donde hace un calor agobiante. Luz roja. Lamparilla cubierta por una camisa que proporciona a la estancia sombras de puticlub. Ropa por el suelo. Y el mulato echado boca arriba sobre la cama, los pies apoyados en el suelo, desnudo, vencido, musculoso, sudoroso, el pene largo, húmedo y desmayado entre los muslos.

—¿No te importa que esté él?

Le digo que no. O lo murmuro, o lo farfullo, con la boca llena de su pecho. Ya me estoy quitando la chaqueta. Ya estoy cubriendo a mi señora Linde con mi saliva, y ella no reacciona todavía. Me acaricia la cabeza y me mira como se mira a un niño entregado a sus juegos inocentes, y me quito camisa y pantalón y calzoncillos, y calcetines, y pego mi piel sudada por el bochorno exterior a su piel empapada de amores, mientras hurgo entre sus labios con la lengua, mientras le mordisqueo los lóbulos de las orejas y el cuello, y pego mi erección a su vientre, prometiendo convulsiones y orgasmos sin

fin.

Entonces rebulle el mulato y dice ella:

—Mira. Tenemos visita.

Se desprende de mí otra vez, supongo que para dar las explicaciones pertinentes, supongo que para pedirle al otro que abandone la habitación, pero se quita el albornoz y me da la espalda, y se arrodilla entre las piernas velludas, entre los pies que su hombre apoya en el suelo. Y se apodera de aquel sexo en reposo y se lo mete en la boca con el afán del yonqui al clavarse la jeringa. El mulato ronronea: «Oh, no, Dios, no».

Yo me arrodillo detrás de ella, y la abrazo, coloco mis manos sobre sus pechos y la beso en la nuca y en los hombros. Me excitan los sonidos líquidos de succión, y el gemido que surge de la garganta del mulato en plena resurrección. Ella se encuentra en cuclillas, como rana a punto del salto, y envío una mano investigadora entre sus piernas. Su postura favorece que me encuentre con una boca muy abierta, con un charco expectante de placer. Escarbo en su interior y me parece observar que ella me lo agradece. Mueve leve y lentamente las caderas. Casi por casualidad, encuentro la otra puerta de acceso, más estrecha y contraída, e introduzco en ella el dedo pulgar. Le hice lo mismo a la puta sumisa, y le hice daño, y ahora también me apetece hacer daño. Y estoy pensando en ello cuando cesa el chupeteo y oigo la orden áspera de mi señora Linde: «Métemela, cabrón, métemela, qué esperas». No sé a quién se dirigía pero los dos hombres nos damos por aludidos. El mulato se pone en movimiento. Yo estoy alarmado porque mi erección no me parece suficiente. Saco los dedos empapados y los introduzco en lugar del pulgar. Primero dos, luego pruebo de meterle tres. He visto revistas y películas donde la gente metía manos enteras en lugares como este. Y, mientras acaricio vísceras con una mano, con la otra procedo a excitarme, alternando el sistema de Laura (base del glande) con el de Elena (tapón rebelde de champán), en busca de una dureza satisfactoria, tan satisfactoria al menos como la que entreveo en el vientre del mulato. Se acoplan ellos dos ante mis ojos, y yo continúo con mi ajetreo, con tres dedos aprisionados en ella y la otra mano empeñada en forjar mi acero. Gime ella, ensartada por el mulato, se convulsiona. «Métemela,

cabrón, métemela», repite, urge, y ahora ya no hay duda de a quién se dirige. Decido que ya soy bastante mayor para complacerla y saco mis dedos, dispuesto a sustituirlos. Pero, en ese instante, hay un cambio de ritmo, los actores se mueven, varía el cuadro plástico. El mulato hace mutis por la derecha, ella parece caerse de la cama y se queda de rodillas, con la mejilla contra el suelo, el culo alto, ofrenda absoluta, la mano izquierda chapoteando entre sus muslos, y yo no estoy a punto todavía, por todos los santos, no estoy a punto pero embisto con la resolución heroica de un miembro débil pero esforzado, morcillón pero voluntarioso, y gruñe ella: «Métemela, métemela, vamos, vamos, qué esperas», exigente y egoísta, y lo desea tanto que su supuesta humillación no sería tal, que mi placer no sería mío, una vez más consigue que se cambien las tornas y me ponga a su servicio, al servicio de sus deseos.

Y, de pronto, el mulato entra en mí.

¿Cómo puede haberme sorprendido, por el amor de Dios? Tiene que haberme lubricado un poco, tiene que haberme embadurnado con vaselina, hurgado con su dedo. Y yo debería haber notado sus caricias, sus prolegómenos. ¿Estaba demasiado distraído, dedicado a mi señora Linde? ¿O lo notaba y me negaba a mí mismo el placer que venía de manos, de dedos, de un hombre?

No lo sé, el caso es que ni siquiera me duele.

A traición, aprovechando mi postura desprevenida e ingenua, siento la irrupción, sin prolegómenos, lenta pero imparable, me siento lleno, hinchado, dolorido de cuerpo y alma, luminoso de vergüenza y, automáticamente, como para completar la maldición, potente. Como si me hubieran insuflado virilidad ajena por la retaguardia, lo que hasta entonces escaseaba supera todas las previsiones, y me veo empalado, petrificado, las piernas flexionadas a medias, con la herramienta más potente de mi vida apuntando al orificio más ansiado y más ansioso de mi vida, y me veo caer en él, empujado por manos enormes y embestidas terribles, estocadas que me atraviesan y entran en el cuerpo de ella por delegación, y grita ella respondiendo a las acometidas del otro, y trato yo de adaptarme al galope como si cabalgara montura desconocida, y recibo en mis nalgas el placerdolor del atacante, sudoroso y pestilente, rugiente y feroz, y reboto dentro de la señora Linde, que

arrastra la mejilla por el suelo, que chapotea en su propia salsa con mano frenética, que goza como yo jamás había visto gozar a mujer alguna, gemidos y golpes, gemidos y gritos y blasfemias despertando ecos en toda la casa. Y noto una descarga ardiente en mis entrañas, la droga más terrible que jamás probé, descarga que me pasa a la sangre, que me encabrita el corazón y me incendia el rostro, y hace que se me salten las lágrimas al mismo tiempo que mi propia descarga inunda a la mujer deseada, nunca tan odiada, nunca tan odiosa, juego de placeres y degradación, y ella grita con rabia y mueve las nalgas como si mis zumos fueran combustible para sus motores, abrazado yo a su espalda, llenos los dos de néctar de vida que nos desborda por los poros en forma de sudor, que lubrifica nuestras pieles y las hace resbaladizas, o pegajosas, asquerosas y atractivas a la vez.

25

Salí a la calle, y bajé a la calzada entre dos coches aparcados, y crucé sin mirar pero viendo. Claro que vi aquel camión de reparto de refrescos. Lo vi con el rabillo del ojo, era demasiado grande y venía demasiado aprisa para no verlo. Igual que me vio el conductor adormilado. Otra cosa es que me diera tiempo de echarme atrás. Otra cosa es que a él le diese tiempo de frenar, que no fue así. Con el impacto fulgurante culminaba mi proceso sistemático de autodestrucción. No sé si pude evitar el atropello, no sé si vi el camión desde el zaguán de la casa que abandonaba tan precipitadamente ni si salí a su encuentro inconscientemente. No sé si todo estaba escrito ya en algún libro odioso, que yo había leído y olvidado en otra vida. Sólo sé que, al tiempo que me sentía golpeado por el camión, y proyectado violentamente siete metros más allá, tuve la feliz sensación de haber tropezado con la solución a mis problemas. Con un poco de suerte, mis ojos ya no volverían a abrirse hasta ese otro mundo en el cual no se estrenan obras de teatro ni existen las pasiones genitales. En el peor de los casos, el accidente aplazaría el estreno de la obra y provocaría un cambio en la actitud de la gente que me rodeaba.

Estoy en el peor de los casos. Enyesado en la cama de un hospital. La mínima porción de rostro que asoma entre las vendas está amoratada por completo, el ojo se me ve inyectado en sangre.

Se ha aplazado *sine die* el estreno, y creo que más de uno y más de dos se habrán sentido aliviados de un peso abrumador. Flotará en el ambiente la esperanza de que, en este tiempo de convalecencia, yo sane tanto de cuerpo como de alma y vuelva a ser el director de escena que siempre fui. Mi propia vida ha quedado

aplazada hasta dentro de unos meses. Por el momento, me limitaré a vegetar aquí, enyesado, petrificado, hasta que los médicos me den el alta.

Vacío.

Hundido.

Si no despierto compasión ahora, ya no la despertaré nunca.

Todavía no ha venido nadie a visitarme, pero cada día, momentos antes de despertarme, en la cuenta atrás de la vuelta a la vida, me pregunto ilusionado si, al abrir los ojos, veré la expresión desolada de mi mujer, Laura, o me encontraré con mi señora Linde, que me toma la mano y manifiesta de alguna manera su arrepentimiento por todo lo que sucedió. O, tal vez, con un poco de suerte, la Doncella rubia, Elena, haya renunciado a pegarme ese puntapié en la entrepierna y esté ahí con su sonrisa de Sarah Miles, transmitiéndome vida, euforia y esperanzas. Supongo que sería demasiado pedir que estuvieran las tres.